

DO  
IL  
SOC



88



EL MUNDO  
DE  
PERFIL



R. Madrid

4788



B. R.  
14



**CARMELO BLAZQUEZ**  
**LIBRERO**

AUTOR ru.

TITULO E

RESEÑA Ma

Cargo 16°

176 p. (no IV)

Primera,



**CARMELO BLAZQUEZ**  
**LIBRERO**

AUTOR *Ramón Aguilera Ventura.*

TÍTULO *El Mundo de Perzil*

RESEÑA *M. Durr. "El Atalaya", a*

*Cargo de S. M. Méjica, 1859-60*

*176 p. (Biblioteca de Viaje - Tomo IV)*

*Primera serie: Proposición de Fe,*

Dos de Mayo, Nueva Gales, & otro.  
El rostro de Mercurio, de Júpiter  
errante. - Inv. media piel.

Rafitima

3200

Carmelo Blasquez E-8

32000

32.000

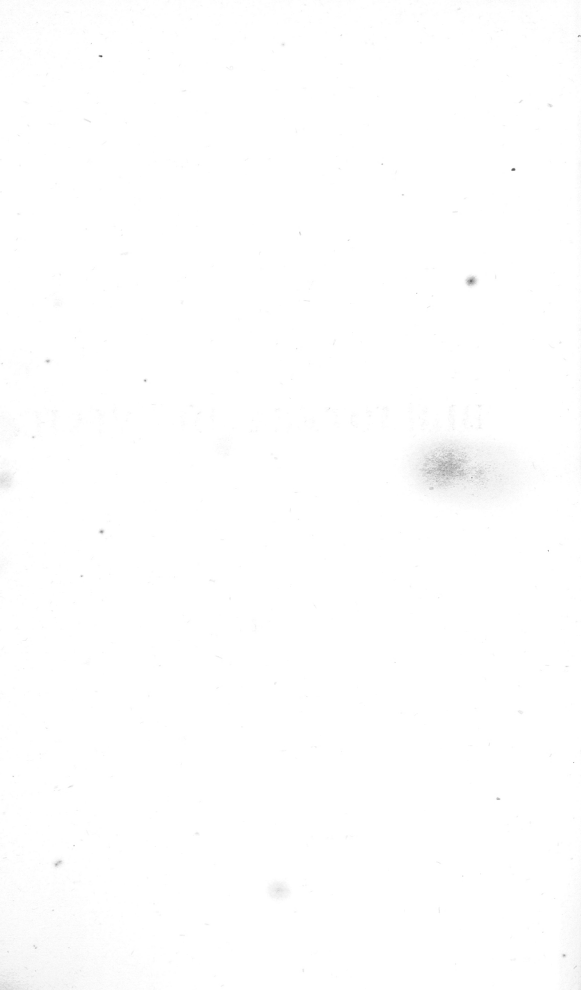
A-1420



R  
68640

**BIBLIOTECA DE VIAJE.**

4.



**EL MUNDO DE PERFIL.**



**BIBLIOTECA DE VIAJE.**

---

**EL MUNDO DE PERFIL.**

COLECCION DE ARTICULOS

originales

DE DON VENTURA RUIZ AGUILERA.

---

*Primera serie.*

Profesion de fé.  
Dos de Mayo.  
Una golosa

El otro.  
El Rastro de Madrid.  
La pulga errante.

---

MADRID.

IMPRESA DE EL ATALAYA, ANCHA DE SAN BERNARDO, 73.  
á cargo de J. Martin Alegría.

---

1859.



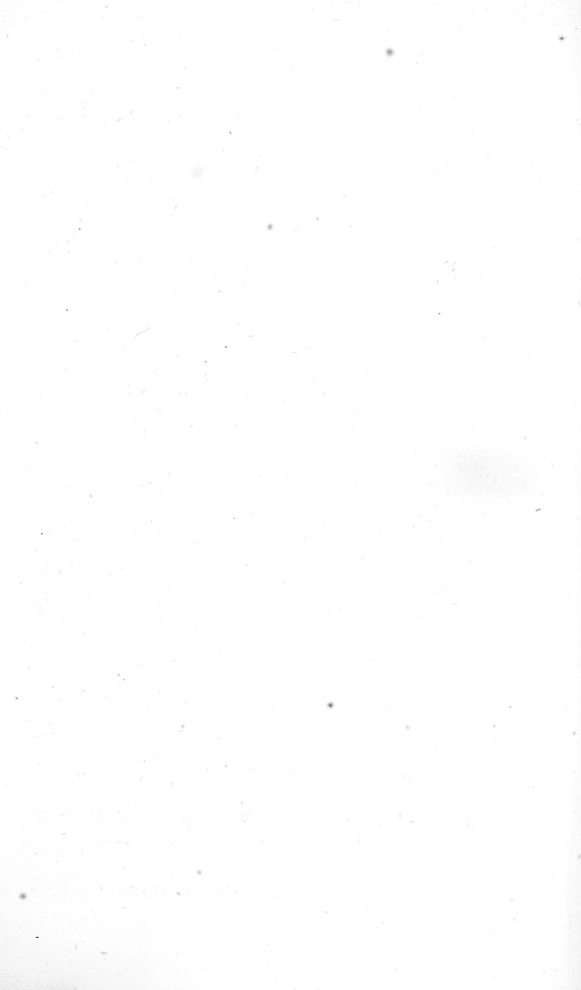


## AL QUE LEYERE.

Lector *caro*, ó *barato* (que yo á nadie quiero levantar falsos testimonios:) celebraré que te guste el título de *El Mundo de Perfil*, que doy á la colección de varios de los artículos serios y festivos, tristes y alegres, satíricos y filosóficos, graves y burlescos que he escrito, y si no de todos, por ser empresa irrealizable, de muchas cosas del mundo tratan dándolo á conocer siquiera un poco, de perfil, ya que no de frente y por completo.

¿No te gusta? Pues ponle el que te se antoje y Cristo con todos. Acá, para *internos*, tampoco á mí me llena; pero se me pide (con razones muy fundadas) un nombre *générico en lo posible* para bautizar este chiquillo, y es tal mi rudeza que no se me ha ocurrido otro que mejor le cuadre que el que lleva.

EL AUTOR.





## PROFESION DE FÉ.

Grandes impulsos hemos sentido de arrepentimiento antes de tomar la malaventurada pluma en nuestras manos; pero, como quiera que uno de los pecados mas frecuentes que en el dia comete todo vicho vivo es el de alimentar el *cólera* periodistico, nosotros, como pecadores, no hemos podido resistir á la tentacion de vernos en letras de molde, que es lo mismo que si nos viéramos *en berlina*. Porque ¿cómo agradar á todo el mundo? ¿Qué haríamos, ¡pobres

de nosotros! para evitar las mil murmuraciones, las mil censuras, las mil risas de ese gigante llamado *público*, que tiene tantos caprichos como cabezas, tantos antojos como una coqueta?—«Escribir bien, se nos dirá, estudiar eso que llamais *caprichos* y *antojos*, y si no abandonar semejante empresa. El público que paga, y el que no paga lo mismo, siempre que lea, tiene derecho á que no se insulte su buen sentido, su admirable é instintivo gusto con producciones que necesiten á toda prisa la *estrema-uncion*, so pena de morir, no bien nacidas, sin los postreros auxilios espirituales.»—«Pero eso, contestamos nosotros, es pedir *prodigios*, *imposibles*, *cosas nunca vistas ni oidas*.»—No es pedir imposibles, se nos replica; lo que yo, que soy el *público*, quiero, es que se me guarden las debidas tentaciones; y estas atenciones se me guar-

dan, considerando que no peço de exigente, y no olvidando que soy el público de 1849, esto es, un público sin andadores, mayor de edad, ilustrado.»

Ni por esas; nuestra resolucion es inflexible; escribiremos, aunque nadie nos lea; hablaremos, aunque nadie nos oiga; nos *distinguiremos*, aunque nadie nos vea. ¿Por qué no hemos de contribuir, siquiera con un fósforo, á la iluminacion que presta la gran lucerna del siglo XIX? ¡Vaya si concurriremos! ¡No faltaba mas, sino que Francia, por ejemplo, Alemania, *verbi gratia*, se quedasen á oscuras por nuestros escrúpulos de monja! Y, sobre todo; ¿qué diria Lamartine, si no *poetizáramos* un poquito? ¿Qué seria de la calma sepulcral de Cervantes Saavedra, sino hubiese en nosotros, ya que no unos colosos, cuando menos unos conservadores puntiagudos de la lengua del autor

del *Quijote*, de santa Teresa de Jesus, y de Hurtado de Mendoza?

Repetimos que nuestra resolucion es inflexible, y lo demas que ya sabe el curioso lector. Con tales precedentes, permítasenos entrar en materia.

La política, como los herizos, tiene púas; las púas pinchan. No toquemos á los herizos, ni á la política. Si en una operacion matemática ponemos una mano encima y un herizo debajo, y los sumamos, el resultado será: *Sangre*. Aborrecemos la sangre.

¿Cuánto mejor no será hablar, por ejemplo, de literatura, ciencias, artes, modas, chismografía, costumbres, viajes, poesías, estudios biográficos, etc., etc., etc.? Estos trabajos son, prescindiendo de otras consideraciones, sumamente accesibles á toda clase de personas. Y si no veamos.

¿Qué es la *literatura*, en la actualidad?

Literatura es.... *cualquier cosa*. Escribamos... *cualquier cosa*, y habremos escrito de literatura, y seremos tan literatos que no haya sino colocarnos bonitamente á la cabeza de la Academia española, y allí nos las den todas.

Las *modas* prestan sobrada materia al escritor mas pedestre. El mundo es un gran taller de sastre, dirigido por el diablo. En este taller se cortan los trages mas elegantes, las prendas mas acabadas que se pueden imaginar, puesto que en él se reciben del infierno los figurines, y sabido es que el mundo imita al infierno, en punto á modas, como Madrid á París. ¿Se estila en el infierno la hipocresía? Al momento se plaga el mundo de hipócritas, que no lo parecen. ¿Se estila en el infierno la ignorancia? No se pasarán dos dias, sin que se vean por el mundo millares de ignorantes, con aspecto

de sábios. Por lo demas, como dijo con escelente intencion don Miguel de los Santos Alvarez:

¡Bueno es el mundo! ¡bueno! ¡bueno! ¡bueno!  
Como de Dios, al fin, obra maestra.

¿Pues qué diremos de la *Poesía*? ¿Quién no es poeta? ¿Qué familia hay tan desdichada que no cuente en su seno una generacion de trovadores, cada cual con su correspondiente misioncita que llenar en esta tierra de garbanzos?

Dicho se está, con lo que apuntado llevamos, que nos pondremos á poetas, y que nos creemos con tantas facultades como el que mas para contarnos en el número de los consumidores de papel, artículo cuya escasez ha de ser extrema, andando el tiempo, á no ser que se nos caiga como llovida del

cielo alguna ley marcial, contra los *genios* al uso.

¡ Costumbres ! ¿Cómo no hemos de hablar de costumbres, siendo ellas tantas y tan puras ? ¿ Ni qué cosa mas fácil de tratar por cualquier escritor , no decimos conociéndolas , sino aunque así las conozca como ahora se conoce la cuadratura del círculo ? La crítica decente , el buen discernimiento , la filosofía , la *vis* particular para manejar tan delicado asunto , son dotes , ó comestibles si se quiere , que se encuentran y se compran en el mercado por una friolera .

No menos decididos estamos en punto á *viajes* . La pobre humanidad , condenada á andar al través de los siglos como el Judío de los siete clavos , ofrece en su perpétua peregrinacion por la tierra , larga materia de aventuras , de escenas interesantes , de

cuadros originales , ya sérios , ya festivos , horripilantes unas veces , alegres otras . A esa gran peregrinacion concurren todas las familias humanas reunidas ; es una federacion universal de tribus y de razas . Cada viajero lleva su fardo al hombro ; el de unos es enorme y pesado , como el plomo ; el de otros pequeño y leve , como una pluma . El vicio camina al vapor , bullicioso , jugueton , risueño , bailando , cantando , gozando . La virtud al paso de la tortuga , llorosa , desnuda , hambrienta , suspirando , gimiendo , ayunando . A su paso tropieza la humanidad con paises en mil maneras diferentes : aquí un desierto ; allá una ciudad ; aquí se come á los hombres crudos ; allá se les devora cocidos ó asados ; en una parte una fuente , una cascada , un rio , un mar ; en otra parte un arenal de centenares de leguas , sin una flor , sin un pájaro , sin una gota de agua .



¡Qué mina tan inagotable encierra la palabra *viajes*!

¿Y la palabra *historia*? ¡La *Historia*! Esa gran verdad, según unos, esa gran mentira, según otros, ese *ojo*, *antorcha* ó *testigo* de los siglos, según muchos, es según nosotros el repertorio dramático más divertido que existe. De él sacaremos varias piezas escogidas para ponerlas ante los ojos del público. Cuidaremos de que cada actor de ellas salga á las tablas con su traje correspondiente: á *Fulano*, si fué rey, le vestiremos de rey, no sea que se le confunda con cualquier pelele; á *Mengano*, si fué general, le pondremos las insignias y condecoraciones adecuadas, no sea que se le equivoque con un recluta; si fuese un solemne majadero, le haremos decir que es más literato que tantos y cuantos. Pueblos que así cambiaron de instituciones como

de camisa; revoluciones que *abortaron*, con los comadrones que las asistieron; batallas, invasiones, conquistas, civilizacion.... ¡ Ahí es nada lo que se presta la historia al curioso investigador!

Fuera de lo vedado por la legislacion de imprenta á las publicaciones literarias, no hay cosa que no quepa en nuestro programa, que para eso, ademas de la osadía, se inventaron el papel, la pluma y el tintero.

Declaramos desde ahora guerra á muerte á todos los abusos, á todos los vicios: en nuestras críticas procuraremos no ver *personas*, sino *hechos*; no escojeremos á este ó al otro individuo con su nombre y apellido para modelo de un retrato que todo el mundo escarnezca y apunte con el dedo, sino que pintaremos cuadros colectivos, donde cada cual pueda descubrir sus defectos, sus miserias.

No hay para qué justificar el título con que hemos bautizado nuestra obra, por la sencilla razon de que nadie en la moderna sociedad se cuida de justificar el que le distingue; lo cual no impide mucho á que vivan tan sanos y rollizos que es una bendicion de Dios. En esto, como en todo, es de necesidad amoldarse al uso corriente, so pena de esponerse á ser ridiculizado. ¡En buen pantano se metería la sociedad, si se le preguntase á un mal actor por qué se llama actor, y no *mata comedias*, á un escribano por qué se llama escribano y no *escriba ó fariseo*, y á un zapatero remendon por qué se llama *artista*! Otro tanto sucede con los títulos de los periódicos. Tal habrá que se llame *La Civilizacion*, debiendo llamarse con mas propiedad *Las Tinieblas*; cual habrá que se titule *El Iris*, debiendo titularse con mas exactitud *La Calabaza*.

Decir que con esta publicacion no tenemos pretensiones de ninguna clase, sería decir lo que dijo *el otro*, á uno que le daba una propina: *No se canse usted*,—y se metía el dinero en el bolsillo.

Pretendemos dos cosas: ante todo agradecer á nuestros lectores, y despues contribuir, como Dios sea servido, á que se mantenga vivo el movimiento literario que se observa en nuestra patria.

1849.

DOS DE MAYO DE 1808.

I.

El fúnebre clamoreo de las campanas, desparramándose por el viento el día dos de Mayo, evoca en nuestro espíritu las glorias y los dolores del pueblo generoso que, hace medio siglo, se ofreció en holocausto á la patria, vilmente hollada por planta extranjera, escribiendo al mismo tiempo con la sangre preciosa de sus hijos la primera página de la redención española.

Bonaparte conocia que solo la astucia, el disimulo y el engaño podrian tal vez domeñar á esta nacion, heróica entre todas las naciones heróicas del globo; y fingiéndose amigo, y bajo pretesto de pasar á Portugal, renueva la invasion de Carlo-Magno, olvidando la historia de Roncesvalles, y lanza de las cumbres de los Pirineos la flor de sus ejércitos, al mando de los capitanes mas famosos del siglo. Merced á esta cobarde traicion, nuestras plazas fuertes quedaron convertidas en nidos de aquellas águilas hambrientas que se habian cernido en Oriente sobre las Pirámides, y en Occidente sobre las llanuras y las montañas de Europa, y que esperaban el momento de caer sobre la codiciada presa que habia de formar parte de la monarquía universal, soñada por el gran bandido.

Aherrojada sin lucha la nacion española; atraidos alevosamente á Francia el jóven mo-

marca Fernando , el infante don Carlos y los reyes padres, y huérfana de proteccion, porque la Junta Suprema , único poder que la gobernaba , carecia de dotes de civismo , de inteligencia y energia á la altura de las circunstancias , devoraba en silencio su afrenta y su amargura , é iba á ser borrada del catálogo de las naciones independientes , si no se salvaba por si misma haciendo un esfuerzo sublime que recordase las glorias de Covadonga.

Y esa hora habia llegado. Los ánimos andaban inquietos ; el odio , reconcentrado hasta entonces, ya mal reprimido, revelábase á la luz del dia en todas partes y en todos los semblantes ; el nombre francés era maldecido de un extremo á otro de la Peninsula, y todos los oidos percibian esos rumores vagos , sordos , incesantes , inesplicables , que preceden á las tormentas populares. Pero

donde la fermentacion llegaba á su colmo y el sufrimiento no conocia ya límites, era en la capital del reino, en cuyo recinto é inmediaciones habia agolpado el usurpador sesenta mil combatientes, los soldados mas aguerridos del mundo.

De repente cunde la noticia de que Murat, gran duque de Berg, va á presentar á la Junta una carta de Carlos IV dirigida al infante don Antonio Pascual, presidente de la misma, ordenándole que al punto disponga que salgan de España la reina de Etruria y el infante don Francisco de Paula, fijando para ello el dia 2 de mayo. En cuanto á la partida de la primera, hija del anciano monarca, amiga del privado y de la Francia, al pueblo le era indiferente; pero no así respecto de la del segundo, como muy pronto vieron los sucesos á demostrarlo.



## II.

Era el día 1.º de mayo de 1808. Murat habia dispuesto, segun costumbre, para amedrentar al pueblo, pasar revista á sus tropas en el Prado, como la pasó, en efecto, despues de oir misa, por ser domingo, en el convento del Cármén. Siempre habia acudido gran concurrencia á las revistas, aunque mas bien por mera curiosidad que con deliberada intencion de mostrar claramente el desprecio profundo que le inspiraban tan belicosos alardes. Al volver Murat al interior de la capital entre el estruendo armonioso de las músicas militares, rodeado de generales y seguido de su ejército, cuyas armas y uniformes brillaban al sol como un rio de plata y oro, todas las calles del tránsito se hallaban

obstruidas por un gentío inmenso , pero silencioso y amenazador como nunca.

Si se oía tal cual palabra, pronunciábanla los labios de algun hijo del pueblo madrileño , que, para revelar el ódio que hervía en su corazón, no usaba de pavorosas exclamaciones, ni de trágicos ademanes, sino del picante y espresivo gracejo que le es propio. Murat había atravesado la calle de Alcalá sin accidente que digno de mencion sea ; y al desembocar dos ayudantes en la Puerta del Sol, llena también de damas y currutacos, de majos y artesanos, de casacas y pelucas empolvadas , de berlinas y forlones, una manola, que llamaba la atención así por su provocativa hermosura, como por su rumbo y singular donaire, plantóse en medio del arroyo con los brazos en jarras.

Iba Maruja—que tal era su nombre—de manga corta, luciendo un brazo que envidia-

ria la misma Vénus; y llevaba en la cabeza una peineta de plata derribada á la izquierda, detras de una espléndida rosa de Alejandria y de un ramo de jazmines, flores que igualmente ostentaba prendidas en medio del levantado pecho. Un corpiño de raso negro con hombreras de madroños y bellotitas de pasamanería, saya corta de la misma tela con iguales adornos y largos flecos de seda, media calada y como el ampo de la nieve, ceñida sin la mas leve sombra de arruga á una pierna soberana, cuyo pié, artísticamente modelado, parecia de una niña de doce años; zapato bajo, de tabinete, con escarapela rizada, y una ancha tira de terciopelo por mantilla, terciada á manera de banda, componian el traje de la airosa madrileña.

Uno de los ayudantes, porque el otro ya corria por la calle Mayor, tuvo que sujetar un momento el caballo para no atropellar á

la manola, quien, aprovechando la ocasión, acercóse al oficial y le dijo:

—Agur, monsiú.

Y volviendo la cabeza á los circunstantes, añadió:

—¡Sobre qué se le han encandilao los ojos á esta criatural! Dígale su mercé á su amo don Morral ó Murat ó como se yame, cay una rial moza que le requiere. Con que repitiendo: agur y mandar, monsiú; me recopilo á los piés de su mercé.

Hízole una reverenda cortesía, y tornó á su sitio entre los aplausos de la multitud que, saliendo de su silencio sombrío, y alentada con el ejemplo de Maruja, no bien distinguió á Murat le saludó con una silba, que no la oyó tan estrepitosa en plaza alguna el toro mas marrajo. El gran duque, tal vez por conve-nirle entonces evitar que semejante demos-tracion adquiriese otro carácter, pues la pru-

dencia no era virtud que le fuese muy familiar, sufrió sin alterarse aquella carrera de baquetas, jurando, no obstante, en su interior, vengar tamaña afrenta con un escarmiento que horrorizase al mundo.

### III.

¿Quién ¡ay! la alevosía,  
la horrible asolacion habrá que cuente,  
que, hollando de amistad los santos fueros,  
hizo furioso en la indefensa gente  
ese tropel de tigres carniceros?

(D. Juan Nicasio Gallego.)

A las ocho de la mañana del día 2, hallábanse en el cuarto bajo de un viejo casucho de la calle de Avapiés tres personas, á una de las cuales ya conocemos, pues era la tentadora Maruja en cuerpo y alma, ataviada lo mismo que en la víspera, y mirándose á un pedazo de espejo medio desazogado,

indigno ciertamente de reflejar la soberbia belleza de la gentil manola, que sin duda se preparaba á salir á la calle á conquistar voluntades y robar corazones.

Al pié de la reja estaba sentado su padre, el señor Geromo, hombre de pelo en pecho como suele decirse, moreno como un gitano, de unos cincuenta años de edad, pero robusto, recién afeitado y recién peinadas las estrechas y rectas patillas de cuatro dedos de largo, camisa de chorrera, sombrero apuntado, larga coleta, chupa de seda color de leche bordada de flores amarillas y lentejuela, casaca morada, calzon negro de pana, medias de estambre azul, zapatos con hebillas, y cubriendo toda su respetable persona una capa de tela color de chocolate, con esclavina cortada á picos. El señor Geromo parecia por su traje y su gravedad, todo un corregidor.

Acompañábales Lagartija, el preten-

diente de Maruja, mancebo conocido en Avapiés, en el Rastro y en Maravillas; menudo y listo como una ardilla, gran jugador de naipes, maestro en el manejo de la navaja, y valiente hasta rayar en temerario. Ninguno de sus compañeros punteaba mejor una vihuela; pocos entonaban con la gracia que él una copla, y no habia nacido en *el universo mundo* quien le echase el pié delante en esto de bailar unas boleras. Amaba á Maruja como á las niñas de sus ojos, á pesar de los desdenes de esta, que picaba mas alto; y aunque aborrecia, como ella, á los enemigos de su patria, pues era español hasta la médula de los huesos, por ella habria sido capaz de *pasarse al francés*, sacrificio el mas heróico que un verdadero español pudiera concebir en aquellos aciagos dias, cuanto mas llevar á efecto.

La mañana estaba deliciosa, despejado

el cielo, y alegres pajarillos, tendiendo sus alas por el aire tibio, inundado de luz y de perfumes, iban de vez en cuando á posarse en los rosales y enredaderas de la reja, saludando con sus gorgoros á la reina de las manolas, que cuidaba por su mano á dos tórtolas colgadas en jaulas de mimbre, en las cuales ponía comida bastante para estas y para las aves que del campo acudían á visitar á sus cautivas compañeras.

Largartija preludiaba una tocata en la vihuela.

El señor Geromo, apoyado un codo en la mesa de pino que á su lado tenia, y la cabeza en una mano como quien á serias meditaciones se entrega, hacia rato que callaba; cuando levantándose de repente dijo, encarándose con Lagartija:

— Dígame, Manolo, que los españoles de estos tiempos no tenemos el aquel de los



antiguos, y que semos unos gayinas, con mucho del pico y mu poca de la virgüenza.

—Señor Geromo, respondió Lagartija colgando la guitarra en un clavo romano, los españoles del dia tenemos tambien el corazon á la izquierda, y en cuantis sofresca la casion... no igo mas.

—Pues ya esa casion ha yegao. Murat mandó anoche á icir á la Junta que hoy mismo proclamará á Cárlos IV, si no le entriega el infante don Francisco pa inviarlo á estranjis. Y es sugeto abonao pacerlo, y golverá á traernos al favorito Godoy, que Dios confunda, y ayá serán capaces de apretarle el goyete á Fernando. Ya no pué uno ser güeno. Esos perros quien sangre, y se van á encontral con la orma de su zapato.

—Del dicho al hecho hay mucho trecho, señor Geromo; y si en la Junta hubiese hombres de corazon y patriotas, no quedaba

francés pa contarlo, que bien lo merecen. ¡Si no tien religion! ¿Le paece á su mercé que no hay en Madrí quien se trague la artillería que tiene Murat en el Retiro, y la Guardia imperial, y la division de infantería de Meynier, y la division de cabayería, con cabayos y todo?

—No te dejes en el tintero las tropas acantonás en San Bernardino, en el Pardo, en Chamartin, en Fuencarral, en Pozuelo, en Toledo y en Segovia; porque esos marditos de cocer son mas que las hormigas del campo y las arenas del Manzanares.

—Lo malo siempre abunda.

—¿Y qué guarnicion tiene la Junta en Madrí? Tres mil hombres, y á esos no les dejan pasal de la puerta de los cuarteles.

—Porque la Junta y los gefes de tropa estarán vendios al francés; observó Maruja, calzándose un zapato.

—Y el pueblo ¿qué hace? preguntó el señor Geromo: Ir de dia á las mojigangas de las revistas, á ver á esos musulmanes de mamelucos, y de noche á la ritreta.... ¡Si mandase este cura!

A las ocho y media entró Juanelo, carnicero con tabla en la plaza de la Cebada, en mangas de camisa, sudando á chorros, jadeante, mas sofocado que un horno y con los ojos saltándosele de las órbitas.

—¿Qué hay, Juanelo? preguntaron á un tiempo el señor Geromo, Lagartija y Maruja.

—Que estamos perdidos: la Plaza de Palacio está yena de gente, porque á las nueve se nos van á yegar las presonas riales.

—No pué ser: dijo con aplomo Lagartija.

—He visto yo mismo los coches.

—Serán pa la reina de Etruria y sus hijos: váyanse benditos de Dios, y así cargue

con ojos el diablo: exclamó el señor Geromo.

—Es que tras ojos irá el infante don Antonio, y tras el infante don Antonio el infante don Francisco...

No bien pronunció Juanelo el nombre de este último, el señor Geromo entró en la alcoba, saliendo cuatro minutos despues con un trabuco para él, y un par de pistolas que distribuyó entre el carnicero y Lagartija, dando á Maruja una tremenda navaja, que con trabajo acomodó ésta en un bolsillo disimulado del corpiño, no sin que aflojase algo las costuras el volúmen del instrumento.

Armados de esta suerte, el señor Geromo dijo á su *ejército*:

—Andando se quita el frio: vamos, hijos, que hoy va á ser dia grande.

Y se dirigieron los cuatro á la Plaza de Palacio, punto en el cual iban desembocan-

do por diferentes avenidas los habitantes de la córte, atraídos por las siniestras noticias que de muy temprano corrían de boca en boca, y que acababan de colmar la copa del sufrimiento. Cuando llegaron á la Plaza de Palacio, apenas se podía dar un paso por ella. Hombres, mujeres y niños de todas clases y condiciones habían acudido allí como si se les hubiese citado.

Ya no cabía duda acerca de la próxima salida de las personas reales: allí estaban, según el anuncio de Juanelo, los coches destinados al objeto, y allí una gruesa escolta de la Guardia imperial que en vano intentaba despejar el sitio. El pueblo clavaba tristemente la vista en las puertas del régio alcázar, y mas de un ojo centellante acechaba por entre el embozo de la capa y el sombrero apuntado los movimientos de la escolta, como si esperase una imprudencia, una ame-

naza, un motivo cualquiera, mas ó menos plausible, y estos nunca faltaban, para arrojarle á ella, y combatirla, y anonadarla.

La reina de Etruria y sus hijos subieron á uno de los coches, saliendo de Palacio á eso de las nueve, sin que se levantase ni una sola voz en su favor: bajaron en seguida los infantes don Antonio, presidente de la Junta Suprema, y don Francisco de Paula; y á la presencia de este último, que se hallaba en los primeros años de la infancia y era idolatrado de aquel mismo pueblo, que veia correr lágrimas abundantes de sus ojos, negándose á subir al carruaje, propágóse por la multitud una agitacion instantánea como el relámpago; bastando solamente el trémulo acento de una pobre anciana que, levantando al cielo sus descarnados brazos, dijo: *¡Que nos los llevan!* para que millares de bocas respondiesen con un grito frenético de furor,

repetido un instante despues por Madrid entero que, como dice un poeta <sup>1</sup>

al águila imperial abrió una herida  
por do se desangró todo el imperio.

Lánzase la multitud á cortar los tiros de los coches, y la escolta hace una descarga contra ella. A la vista de los cadáveres, el entusiasmo y la rabia exáltanse mas y mas, y el pueblo, embravecido, aunque indefenso, empeña desigual combate con los vencedores del mundo.

El señor Geromo habia logrado, á fuerza de empellones, colocarse con *su ejército*, como él llamaba á los tres que con él salieron de su casa, detras de la escolta y tan próximo á los caballos, que mas de una vez le cruzaron estos el rostro con la cola.

El ejército del señor Geromo, respondió

<sup>1</sup> Ribot Fonséré.

unánime al grito de la vieja, no solo con los de ¡ *Muera Napoleon!* ¡ *Viva Fernando!* y ¡ *Viva el infante don Francisco!* sino con hechos.

Maruja, que con la irresistible fascinacion de sus ojos atortolaba á un soldado de la Guardia, que medio le chapurraba momentos antes una declaracion de amor y habia inclinado un poco el cuerpo hácia la manola desde su caballo para besarla, contestó al francés hundiéndole la navaja en el corazon, y diciéndole al par:

— ¡ Cuánto te quiero, resalao!

El cuerpo del ginete cayó desplomado á los piés de la manola; esta, apartando sus ojos preñados de lágrimas, porque nunca habia tenido espíritu ni para ver matar una gallina, huyó clamando:

— ¡ Santa Virgen de la Almudena, recibe su alma!



El trabuco del señor Geromo derribó otros dos soldados.

Lagartija, viendo caer á sus plantas un pobre anciano herido, se plantó de un brinco en las ancas de un caballo, y doblando su cuerpo flexible como el de una culebra, metió la cabeza por debajo del sobaco del jinete, encaróse con él, y mientras con la mano izquierda le atarazaba el brazo del mismo lado, con la derecha le puso la pistola en la boca, murmurando al dispararla:

—Toma confites; pero no se lo cuentes á nadie, no me yamen afrancesao.

Y de un salto se echó á tierra, poniendo luego piés en polvorosa, para repetir la escena en otro punto.

Del carnicero no se diga. Despues de quemar los cartuchos que llevaba, comenzó á descargar puñadas homéricas á diestro y siniestro sobre los soldados de la escolta.

Juanelo era hombre de naturaleza hercúlea, talla gigantesca, músculos de hierro y corazón de diamante. Había cogido un par de guijarros angulosos y cortantes, con los cuales sus brazos de ciclope, girando rápidamente como las aspas de un molino de viento, hundían costillas y magullaban brazos, como si estuviesen armados con la maza de Fraga.

Estos hechos pasaron en menos tiempo del que se necesita para narrarlos; y en verdad que, por triste que sea confesarlo, eran escaso premio á las feroces hazañas de los usurpadores que, en tanto, se cebaban en una multitud inerme é inocente.

Murat, que se hallaba alojado en la casa del favorito, á espaldas de Palacio, noticioso de lo ocurrido, inmediatamente destacó al sitio de la refriega un batallón con dos cañones que, sin intimación previa, hicieron

fuego despejando la plaza, pero con gran pérdida de hombres.

Poco despues todas las tropas francesas que guarnecian la corte, y las acantonadas en los pueblos circunvecinos, se fueron posesionando de las calles y puntos principales, dando continuas cargas á los madrileños que, lejos de abatirse, oponian la resistencia mas obstinada que tal vez habrian encontrado en sus campañas los soldados de Bonaparte.

«Viéronse, dice un historiador, jóvenes resueltos, sin mas armas que un puñal ó un palo, arrojarse con el mayor denuedo á los franceses, y morir contentos despues de haber atravesado á dos ó tres de estos: otros, desde las esquinas, asestaban sus tiros contra los edecanes que conducian órdenes, y entorpecian las comunicaciones del enemigo: otros, reunidos en corto número, hicieron retroceder grandes masas de caballeria: los

albañiles, desde la altura de las obras en que les sorprendió el movimiento, lanzaban sobre los enemigos cuantas materias tenían á mano. Las mujeres, desde los balcones, arrojaban tiestos, ladrillos, piedras y agua hirviendo sobre las tropas francesas que recorrían las calles, y hasta los niños tomaban parte en esta heroica lucha; y así se vieron muchos descalzos de pié y pierna, que á diez pasos de distancia tiraban piedras cara á cara á los dragones formados en escuadron. Cien combates se traban á la vez en distintos puntos. El ódio de los españoles es, sobre todo, inexorable contra los mamelucos que caen en sus manos, ansiosos de herir con un solo golpe un francés y un musulman.»

Los franceses no estaban ociosos; al contrario; la vista de la sangre aumentaba su crueldad hasta un punto increíble. Reunidos los que guarnecian la córte con los que

llegaron de fuera, á los tiros aislados de los madrileños contestaban con sesenta mil bocas de fuego, que sí arrancaban gritos y ayes de consternacion en ánimos apocados, en pechos varoniles acrecentaban el ardimiento y la sed de venganza, manifestándose estos sentimientos en frases, al parecer sencillas, pero de significacion funesta.

Al pasar por la calle Mayor una patrulla de seis granaderos, que en la misma calle habian degollado á dos infelices mujeres, paráronse á descansar y á limpiarse el sudor que por sus atezados rostros corria; en este momento Juanelo se asoma al balcon de un piso tercero, y volviéndose al señor Geromo, le dice:

—Esos muchachos tienen sed.

—¿Quieres que les demos agua? Pregunta el padre de la manola.

—Sí, ayúdeme su mercé; responde el

carnicero, señalando un grande armario.

Cogen entre los dos el macizo y pesado mueble, y, saliendo al balcon, lo dejan caer á plomo sobre la patrulla, gritando Juanelo:

— ¡Agua va!

— ¡Dos por dos! respondió el señor Geromero. Nada nos deben.

Dos franceses quedan aplastados, y los restantes huyen despavoridos, porque empezó á llover de otros balcones un diluvio de piedras y de balas sobre ellos.

Lagartija, escondido detras de una puerta entornada en la calle del Arenal, despachaba á todo francés que por allí pasaba desperdigado. Ya no tenia la pistola con que le vimos en la plaza de Palacio. Habría la perdido sin duda en la brega; pero en cambio llevaba un largo chuzo, regalo inestimable con que le obsequió un herrero de Puerta de Moros.

En el momento de soltar el señor Gerommo y Juanelo el armario, acercábase medio arrastras, herido de un pié, un granadero que cometió la vileza de dar un bofeton á una pobre señora porque le tropezó en la acera. Obsérvalo Lagartija, espera que el granadero se acerque mas á la puerta, verificado lo cual empuña con fuerza el chuzo y atraviesa con él de parte á parte al enemigo, diciendo:

—Aprieta el paso, tonto: anda á unirte con tus compañeros.

Lafranc, general de brigada, sabe que uno de los puntos mas importantes, ó á lo menos de aquellos en que la resistencia parecia formidable, era el llamado Parque de Artillería, sito en el barrio de Maravillas, calle de San José, y que en suma, no era sino una casa sin grandes obras de fortificacion; pero que, merced á sus bravos

defensores, reducidos á 33 hombres del regimiento de Voluntarios del Estado, 14 artilleros, la mayor parte inválidos, y algunos paisanos y mujeres, al mando de los capitanes don Luis Daoiz y don Pedro Velarde, secundados por el teniente don Jacinto Ruiz, habíase convertido en fortaleza casi inespugnable. El general francés corre, pues, al Parque al frente de las tropas que se hallaban acantonadas en San Bernardino, y es recibido con un fuego tan horroso como certero, que sembró el espanto y la muerte en las columnas francesas. Desgraciadamente, cuando ya los restos de estas comenzaban á desmayar apelando á una fuga vergonzosa, una bala hiere en un muslo al intrépido Daoiz, quien, mas atento á la comun salvacion que á su propia vida, continúa en medio de una nube de fuego y de metralla á la cabeza de los suyos, dis-



puestos á sucumbir entre sangre y escombros, primero que rendirse. Pero sus esfuerzos y su abnegacion iban á ser inútiles, porque ya faltaban municiones. Velarde pudo recoger un cajon de piedras de chispa; agotáronse tambien estas muy pronto, y ya no quedaba mas esperanza que la de una muerte gloriosa, cuando el enemigo enarbola bandera de paz y pide parlamento. Replegados al interior del edificio los valerosos patriotas que lo defendian, Daoiz, que cada vez iba perdiendo mas sangre, pero á quien el espíritu le sostenia firme en la pelea, quedóse en medio de la calle casi solo, apoyado en un cañon y espada en mano. Entonces Lagrange se acerca al bravo español, y, pretestando parlamento, levanta el sable para herirle. Daoiz castiga su cobarde traicion con una estocada; pero carga sobre él una turba de enemigos, que

le dejan en tierra acribillado de heridas, á las cuales sucumbió algunas horas despues.

No tuvo mas fortuna su compañero Vellarde; este al salir del almacen del Parque, donde habia ido en busca de municiones, fué mortalmente herido de un pistoletazo por la espalda.

¡Así perecieron estos dos mártires de la Independencia española, cuyo heroismo llenó de asombro aun á los mismos enemigos de la patria, y cuya fama y grandeza irán creciendo con el trascurso de los siglos, para ejemplo de las generaciones venideras!

Lejos de terminar con estas catástrofes la lucha, seguia mas encarnizada: la insurreccion era general, tomando parte en ella todo el pueblo, y reemplazando las mujeres á los hombres, en los puntos de mas peligro, cuando estos sucumbian. Madrid resucitaba

los prodigios de Numancia y de Sagunto, ardiendo en deseos de acabar con el extranjero, que profanaba la santidad del hogar doméstico esterminando, sin piedad, mancebos y doncellas, ancianos y niños, sacerdotes y magistrados, y entregándose, además, al incendio y al saqueo.

El pueblo, como hemos dicho, no cedía, y mucho menos contemplándose vencedor; solo á la voz de los ministros de la Junta que salieron por las calles agitando pañuelos blancos en señal de tregua, segun lo convenido con Murat que habia propuesto este medio, mas bien que compadecido de tanta desgracia, temiendo quedar vencido y derrotado en la demanda, solo á la voz, repetimos, de aquellos ancianos que iban gritando: ¡Paz! ¡Paz! por todas partes, amansóse como por encanto este pueblo indomable al poder de las armas extranjeras.

## IV.

« ¡ Ah ! ¿ qué te hice ? »

(*esclama el triste, en lágrimas deshecho*);  
mi pan y mi mansion partí contigo;  
te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,  
templé tu sed, y me llamé tu amigo;  
¿ y ahora podrás pagar el hospedaje  
síncero, franco, sin doblez ni engaño  
con dura muerte y con indigno ultraje? »

(*Juan Nicasio Gallego.*)

¡ Héroes de Mayo, levantad las frentes!  
sonó la hora, y la venganza espera;  
id, y hartad vuestra sed en los torrentes  
de sangre de Bailen y Talavera.

(*ESPRONCEDA.*)

Faltaba á la negra historia de Murat un epílogo digno de semejante mónstruo, y él mismo lo escribió con las manos ensangrentadas mientras los madrileños se retiraban pacíficamente á sus hogares, descansando en la fé de un extranjero; sí, hasta en la fé ¡ tanta era su lealtad! de un extranjero

como el duque de Berg, cuñado de Napoleón. Hélo aquí, copiado *literalmente* de un documento de aquel día:

«Soldados: la población de Madrid se ha sublevado, ha llegado hasta el asesinato. Sé que *los buenos españoles* han gemido de estos desórdenes: estoy muy lejos de mezclarlos con aquellos miserables que no desean mas que el crimen y el pillaje. Pero la sangre francesa clama por la venganza: en su consecuencia, mando lo siguiente:

Art. 1.º El general Grouchi convocará esta noche la comisión militar.

Art. 2.º Todos los que han sido presos en el alboroto y con las armas en la mano, *serán arcabuceados*.

Art. 3.º La Junta de Estado va á hacer desarmar los vecinos de Madrid. Todos los habitantes y estantes, que despues de la ejecucion de esta orden se hallaren armados

ó conservaren armas sin una permision especial, *serán arcabuceados*.

Art. IV. Todo lugar donde sea asesinado un francés, *será quemado*.

Art. V. Toda reunion de mas de ocho personas, será considerada como una junta sediciosa y *deshecha por la fusilería*.

Art. VI. *Los amos quedarán responsables de sus criados; los gefes de talleres, obradores y demas, de sus oficiales; los padres y madres, de sus hijos; y los ministros de los conventos, de sus religiosos.*

Art. VII. Los autores, vendedores y distribuidores de libelos impresos y manuscritos provocando á la sedicion, *serán considerados como unos agentes de la Inglaterra, y arcabuceados.*»

El bando se ejecutó á completa satisfaccion de Murat. Todo comentario es ocioso.

El presidente de la comision militar era

un español, sin duda *de los buenos*, el capitán general don Francisco Javier Negrete.

Numerosas hordas de asesinos extranjeros, beodos y desenfrenados, recorriendo y registrando en las sombras de la noche las calles y casas de la capital, sacrificaron en horrible hecatombe ciudadanos indefensos é inocentes, cuyos ayes desgarradores y el *pa- voroso estruendo de las descargas* que, *abrian la puerta de la inmortalidad á centenares de víctimas*, eran lo único que interrumpia el silencio sepulcral de aquella noche horrenda <sup>†</sup>.

Los combustibles para el gran incendio estaban hacinados: ciento cincuenta mil fran-

<sup>†</sup> La pérdida de los franceses durante el día, añade el historiador á que antes hemos aludido, fué de mil quinientos muertos, incluyendo un general de division y mas de sesenta oficiales, á los que los españoles persiguieron con mas ardor; al

ceses caminaban, sin saberlo sobre un volcan, ó si lo sabian aparentaban despreciarlo, ensoberbecidos con la conquista de medio mundo. En tales circunstancias, pues, don Juan Perez Villaamil, fiscal del Supremo Consejo de la Guerra, que para reponer su salud habia ido á Móstoles, sabiendo el estado afflictivo de Madrid, é inflamado por el fuego del patriotismo, toma el nombre de la autoridad municipal del mencionado pueblo, y despacha á todas las provincias de comunicacion segura y espedita el siguiente oficio:

«La patria está en peligro. Madrid parece víctima de la perfidia francesa. Españo-

paso que la pérdida de los madrileños, segun el expediente formado por el Consejo de Castilla, fué solo de ciento cuatro muertos, cincuenta y cuatro heridos y treinta y cinco estraviados. Segun el parte de Moncey, se echaron de menos cinco mil franceses; el general Grouchi rebaja la mitad.



les, acudid á salvarle. Mayo 2 de 1808.—  
El alcalde de Móstoles.»

A poco España toda se levanta como un solo hombre. Los jardines y los bosques sagrados de la patria reverdecen con la fecunda sangre de Mayo, y las viudas y las doncellas y los huérfanos arrancan de ellos laureles y encina para las trescientas coronas que nuestros abuelos y nuestros padres conquistaron en las trescientas batallas ganadas á las legiones del moderno César.

¡Qué contraste, el del valiente oficio de Villaamil, con la menguada carta que el infante don Antonio, presidente de la Junta, remitió el día 4 al bailío don Francisco Gil, horas antes de abandonar el pueblo que se habia sacrificado tan caballerescamente por sus príncipes!

«Al señor Gil (decia la carta).— A la Junta para su gobierno pongo en su noticia

como me he marchado á Bayona, de órden del rey, y digo á dicha Junta, que ella siga en los mismos términos como si yo estuviese en ella. Dios nos la depare buena. Adios, señores, hasta el valle de Josafat.—Antonio Pascual.»

El dia 3, dia tambien aciago por los fusilamientos de la montaña del Príncipe Pio, no se veian los frescos y olorosos *mayos* que acostumbraban á poner los niños y las jóvenes en celebridad de la Invencion de la Santa Cruz, en las puertas de las casas ó delante de las paredes de las aceras. Dia era de llanto de y oraciones por los que habian muerto en la víspera, y no de tejer guirnaldas de rosas y de azucenas.

Ya no trepaban por la reja de la manola aquellas verdes enredaderas que vestian las barras de hierro; vacías estaban las jáulas de las tórtolas, y ningun pajarillo se acercaba á ellas buscando el grano de trigo ó la

rizada hoja de escarola que allí ponía Maruja todas las mañanas. La pobre muchacha, tendida sobre una manta rota, y mal envuelta en una mortaja de lienzo de estopa, apagados aquellos ojos amorosos, encanto y alegría de los corazones, desmadejada la larga cabellera negra sobre su seno de alabastro, en el que se veía la huella sangrienta de dos manos, era una de las víctimas en que más se había cebado la crueldad de la soldadesca, y una también de las que habían espirado murmurando en su agonía las santas palabras de todos los mártires de aquella espantosa lucha:

—¡Viva España!

Lagartija yacía también cadáver á su lado. No queriendo sobrevivir á su amada, en un raptó de delirio clavóse en el pecho un cuchillo que todavía empuñaba tenazmente su mano crispada, quedándose con los ojos

vueltos hácia la manola, y sonriendo sus labios entreabiertos como si la pidiesen el último beso, y acaso el primero.

El señor Geromo, de rodillas en un rincón de la estancia mortuoria, rezaba devotamente con Juanelo por los difuntos. Concluido el rezo, encendió un cigarro, tosió, escupió por el colmillo, y con acento ronco, pero firme, dijo al carnicero:

—¿Sabes lo que digo, Juanelo?

—Dígalo su mercé y lo sabremos.

—Yo voy ya caminando pa cincuenta años.

—Así lo creo.

—El día menos pensao, estiro la pata y *sansacabó*.

—No hay que cabilar en eso, señor Geromo.

—Pues como digo, voy á sentar praza.

—¡Trempano y con sol! Su mercé está loco.

—Entavía puedo manejar el fusil.

—¿Y en qué regimiento? ¿En voluntarios del Estao?

—¡Quiá! me paso al francés.

—No cuela.

—Como esa luz que nos alumbra.

—¿Se güelve su mercé afrancesao, dem-pues de habel perdido... ¡Ah! ¡qué animal!

—se interrumpió Juanelo, dándose una palmada en la frente.—¡Ya caigo!

—Me hago afrancesao—añadió el señor Geromo, acercándose al oido de su interlocutor—pa matar franceses, sin responsalidá. ¡Si pudiera espavilar á Murat <sup>1</sup>!

—Pues yo, que no tengo ya padre ni ma-

<sup>1</sup> Don Francisco Alcalá, compatriota nuestro, prendió á Murat que pretendia sublevar el reino de Nápoles, cuyo trono habia ocupado, y que fué *arcabuceado* en Pizzo siete años despues del *Dos de Mayo*.

dre, ni perrito que me ladre, tambien cambio de camisa. Mañanita á güena hora, á ver al general Morral.

—Aquí espero, Juanelo.

Diéronse las manos los dos madrileños, y al dia siguiente sentaron plaza como a francesados... para matar franceses.

## UNA GOLOSA.

*Quien bien te quiera te hará llorar*, dice el adagio: para ser completo debia añadir: *ó rabiar*. Esto último es lo que á mí me sucedió con un mi amigo que, creyendo hacerme un gran favor me recomendó, en mal hora, una criada, de quien no diré mas sino que parecia una lombriz, y tenia cara de lame-platos.

Para que vean ustedes que no es broma esta historia, copio á continuacion la episto-

la de mi amigo , puesto que , callando su nombre , el contenido de aquella , por mas que lo publique , siempre conservará su carácter confidencial.

Héla aquí:

«Querido Aguilera: Si quieres verte bien servido , admite á la dadora , Damiana Biberones , muchacha fiel á toda prueba , callada si las hay , humilde si las hubo , y tan hacendosa que se le puede confiar enteramente el gobierno de una casa. Espero que me agradecerás el regalo , pues regalo es , y no pequeño , el endosar sin interés alguno una letra de tanto valor como una doméstica de las circunstancias de la Biberones.»

Tuyo etc.

P. D. El pan vale caro , la fortuna que es malo , y los demas artículos , que no son



buenos, andan por las nubes; pero la Damiana no aumentará mucho tu presupuesto manducatorio: ¡pásmate! no come.»

—¡Oh felicidad! exclamé, en cuanto hube leído las consoladoras líneas que anteceden.

En efecto; mi situación no era en aquel entonces tan desahogada, que no me viniese de molde una ganga como la referida; y me contemplaba no menos dichoso que si hubiera encontrado la cuadratura del círculo, ó un medio ingenioso de escribir un periódico político sin necesidad de depósito, ni de editor responsable.

—¡Lástima seguramente (pensaba para mí) que la Biberones haya de costarme salario! Tal vez quiera mi amigo hacerme el obsequio por completo, y al finalizar el mes primero, cuando yo vaya á pagar á la moza, me diga ella que no recibe dinero.

En esta excelente disposición de mi ánimo

mo , se presentó en mi casa la recomendada; y despues de dirigirla el ama las preguntas de costumbre , sobre barrido , fregado , salario , costura , plancha , etc. , etc. , recibí á la Biberones , mas contento que un mozo de cordel á quien le cae un ambo de la lotería primitiva.

Lo único que advertí en ella en el momento de su admision , fué que sus ojos no cesaban de dirigirse hácia unas tacitas de natas que me habian mandado de Salamanca y que estaban encima de la mesa del comedor. Aquellos objetos ejercian en ella una especie de atraccion indefinible.

—Es que no ha visto nunca natas (me decia yo), y le llaman la atencion; nada tiene de particular.

Sirviónos la comida á la hora correspondiente , y al otro dia notamos que no habia tocado siquiera la racion del anterior. Yo

estaba aturdido, y murmuraba:—Pues señor, es una perla; esta moza no tiene precio. ¡Luego dirán de las criadas! ¡calumniadores!

Viendo, sin embargo, pasados cuatro dias, que Damiana seguia ayunando, llegué á sospechar si sería un camaleon disfrazado de muger, suponiendo que los camaleones se mantengan de aire, cosa no muy demostrada, al menos en cierta clase de ellos que todos canocemos. ¿Será santa? me pregunté tambien varias veces. Por último, me fijé en una idea que ya no volvió á borrarse de mi mente; á saber, la de que viviria á costa de su propia sustancia, á la manera, segun varios fisiólogos, de las marmotas y de las culebras durante su largo sueño de invierno. Recordaba tambien la historia de algunas mujeres, en quienes se habia observado idéntico fenómeno. Que-

dó, pues, resuelta definitivamente en mi juicio la opinion de que Damiana era una marmota, una culebra humana.

Yo apenas pruebo el vino; pero procuro tener siempre un par de botellas, por si alguna debilidad de estómago ú otro accidente cualquiera lo hace necesario. En una ocasion me ocurrió decir á Damiana que sacase de la despensa una botella, y al punto me la trajo; pero observé que estaba algo menos que á medias, siendo así que nadie en casa habia probado su contenido.

—Damiana, le pregunté; ¿quién ha bebido de esta botella?

Sus pálidas megillas se colorearon un tanto.

—Señorito, no lo sé; me contestó.

—¡Es particular! murmuré yo.

—¿El qué, señorito?

—La merma del vino.

—Yo le diré á usted, repuso ella toda aturdida; se lo habrá bebido la urraca.

—Mujer, no diga usted disparates; ¿cómo una urraca habia de cojer la botella, empinarla y...

—Señorito, las hay muy astutas.

—¡Pero sino tenemos urraca!

—¡Toma! la del vecino.

Si no hubiera sido mirando á Dios, la espeto el casco en la cabeza.

Escasamente pasaria una semana, sin que ocurriera otra escena, cuya causa ni por sueños me hubiera yo imaginado. Hallábame medio dormido á las doce de un dia de gran calor, cuando oigo un chillido agudísimo que me hizo saltar como si me hubieran clavado un cuchillo.

—¡Damiana! ¡Damiana! grité. ¿Qué es eso? ¿Qué sucede?

Damiana, mas colorada que un tomate,

con los ojos llorosos, toda trémula, y soplándose la mano derecha, acudió á mis voces, diciendo:

—Nada, señor, nada sucede: estaba arrimando unos carbones al fogon, y me he quemado un poco esta mano.

—Hija, me ha dejado usted sin gota de sangre en las venas; no ganamos para sustos; póngase usted un trapito de vinagre aguado, y cuidadito para otra vez.

Me dió gana de acercarme al teatro de la quemadura, y ví en la ceniza del fogon medio chorizo estremeño rodeado de algunos garbanzos, duros todavía como postas de plomo. La olla, sin embargo, permanecía en su sitio, y no se notaba en ella señal de haber caído.

Vuelta á interpelar á Damiana, que se habia quedado en mi gabinete.

— ¡ Damiana ! ¡ Damianita !

—Allá voy, señorito.

—¿Quién ha sacado de la olla este chorizo y estos garbanzos?

—¡Toma! habrán crecido con el hervor, y se habrán salido ellos solos.

—Muger —la dije ya incomodado —es usted capaz de hacer perder la paciencia al mismo Job. ¿Es posible que no diga usted palabra de verdad?

Damiana comenzó á gimplar y á limpiarse las lágrimas con una punta del mandil. Pero nadie me quita que su llanto era fingido, ó que lo habia provocado arrimándose algo picante á los ojos. Apestaba á cebolla.

—Acérquese usted al fogon, criatura, acérquese, y abra bien los ojos. ¿No vé usted la tapadera en su sitio?

—Sí, señorito.

—¿Por dónde, pues, se han escapado los garbanzos?

—Eso es lo que yo digo: ¿por dónde se han escapado los garbanzos?

Vuelvo á mi gabinete, y me encuentro esparcidas sobre la mesa de escribir algunas obleas, y desdoblado el enorme cucurucho que las contenia. Al punto sospecho otro percance, y torno á llamar á la fámula.

— ¡Damiana, escelente Damiana!

— Mande usted, señorito.

— ¿Quién ha andado en esta mesa?

— Nadie, señorito.

— ¿Cómo nadie? ¿Y las obleas que tenia en este cucurucho?

Estaba el balcon abierto.

— Señorito, habrán entrado los gorriones que ahora mismo piaban en el tejado de enfrente, y se las habrán comido. Les gustan mucho las obleas.

— Y usted me parece que no las escupe; repuse yo, abriéndole la mano izquierda que



mantenia ella cerrada, y en la cual ocultaba un puñado de obleas.

—¿Y esto, qué significa?

—¿Qué ha de significar? Quería escribir á mi padrino, y por no salir á comprarlas...

—¡Ya! se las engulló usted, porque todavía tiene usted parte de una azul pegada á los labios. Quítese usted, quítese de mi vista cuanto antes. ¿No se le da á usted comida de sobra á todas horas? ¿No se dejan á su disposicion la cocina y la despensa? ¿Pues á qué viene el pellizcar, roer y chupar todo lo que encuentra á mano? Eso es propio de gatas golosas.

—¿Yo golosa? ¿Yo golosa?

Nunca tal le hubiera dicho: esta palabra la hirió en lo mas vivo, la produjo el mismo efecto que si le hubiera puesto un par de banderillas.

—Ajústeme usted la cuenta, señorito.

—Damiana, abandone usted esas manjares y....

—Nada, nada, lo dicho dicho. ¡Yo golosa! ¡Golosa Damiana Biberones! Usted si que parece el espíritu de la golosina. ¿Creen ustedes que porque nos ven de criadas, no tenemos tambien nuestro aquel?

Referiré la última hazaña de la incomparable Damiana. Un dia tuve tres convidados, uno de ellos perteneciente al sexo femenino; y entre otros manjares, la doncella nos sirvió media docena de pichones. Queriendo obsequiar á la señora que honraba mi mesa, me puse á hacerla plato, preguntándole antes si le gustaba el corazon de aquel ave. Como su respuesta fuese afirmativa, principié á examinar pechugas despechugadas, ó abiertas ya, cosa que me chocó, y á rebuscar el bocado antedicho. Busca que te busca en una, y nada; veo la segunda...

nada ; emprendo con la tercera... lo mismo.

— ¡Cosa mas rara! exclamó uno de los convidados.

Por último, examiné los pichones restantes , y no encontré lo que buscaba.

La fámula habia tenido *una corazonada*, es decir, se habia manducado los corazones.

Indiqué á los convidados las mañas de Damiana, y en seguida la llamé para que presenciasen su frescura.

— ¡Damiana!

— Señorito.

— ¿Sabe usted por donde andan los corazones de estos pajaritos?

— Calle usted, señorito, si todavia me estoy riendo con lo que me ha pasado.

— (¡Que no te pasase una espada!) ¡Qué le ha pasado á usted?

— Que despues de pelarlos me dió gana

de abrirlos para ahorrar á ustedes ese trabajo, y me encontré con que ninguno tenia corazon.

—Habrá alguna familia, no clasificada todavía, de pichones sin víscera circulatoria; exclam  uno de los convidados, entendido en zool gia.

—Serian pichones usureros, y como tales, desprovistos de tan noble entraña; dijo el *adlatere* del anterior.

—O pichones que habrian puesto á los piés de sus palomas sus corazones enamorados; observ  epigram ticamente la señora.

Para cortar por lo sano, y porque ya no me quedaba ni pizca de sufrimiento, cogí papel y pluma, y escribí al amigo consabido las siguientes líneas:

«Querido mio: Te devuelvo tu regalo, para que, si te place, lo metas y conserves

en un escaparate, porque será lástima que se eche á perder. Muchas habilidades sabia la Biberones cuando me la recomendaste, pero ahora posee infinitas. Sin embargo, no congeniamos, y lo peor es, lo conozco, que la culpa es mía. Figúrate que la urraca que no hay en mi casa, se bebe el vino de las botellas; ¿qué cosa mas natural? Pues bien; yo me empeño en sostener la contraria, y disputa al canto. Los chorizos y los garbanzos tienen, como es sabido, la pícara propiedad de salirse de las ollas cuando estas se hallan herméticamente tapadas, niégolo yo, y ya estamos enzarzados. Los gorriones de la vecindad se pirran por las obleas, y yo no quiero creerlo; Damiana necesita una para escribir á su padrino, y en vez de tomarla para el uso que yo ¡tonto de mí! creo que debe tener, se apodera de un puñado y se las engulle, como hace todo el



que escribe á su padrino. En fin, para que veas hasta donde llegan mis rarezas, un dia me eché á buscar corazones en las pechugas de media docena de pichones, sin ocurrírseme que no los tienen, en lo cual se parecen á ciertas hembras. Ya se vé, la pobre muchacha, con estas y las otras, está que trina contra mí. No enumero mas que los referidos hechos, porque de lo contrario seria cuento de nunca acabar; pero confío en que ellos bastarán para persuadirte de mis extravagancias y del mérito singularísimo de tu protegida la jóven Damiana Biberones.

Tuyo, etc.

## EL OTRO.

Tanto se ha propagado en nuestros días la afición al estudio de las antigüedades, que hay hombre que de buena gana se convertiría en ratón, para recorrer á sus anchas desde el primero hasta el último escondrijo de las bibliotecas y museos, roer pergaminos, golosear forros, y darse estúpidos atracones de papel viejo y de engrudo seco impregnado de ciencias; afición mas propia de tiempos de escasez y carestía, que

de los abundantes y baratos que gozamos, á Dios gracias. Pero confesemos tambien, para vergüenza de quien no la haya perdido (¡se pierde tan fácilmente!) que algunos ramos del saber humano están todavia en mantillas, pidiendo pasiega á toda prisa, y, entre otros, la historia y la biografía. Y sino, vamos á cuentas. ¿Qué nos dicen la biografía y la historia?

Agripina es un modelo de hembras, de mamás y de emperatrices; un dechado de compostura en pensamientos, palabras y obras; un ángel hecho y derecho.

Claudio Tiberio Neron, su hijo, es un bendito, que canta como Moriani, representa como Romea, toca la flauta como Sarmiento y... mata como Cúchares (¡Ruego al lector, entre paréntesis, que admire la sagacidad con que evito los anacronismos, y el respeto profundo que me inspira el ór-



den cronológico; parezco un verdadero historiador.) Prosigo, pues.

Calígula nombró cónsul á su caballo.... No me sorprende; el mérito siempre se premió de igual suerte por los encargados de distribuir recompensas; tampoco me sorprenderia que hubiese nombrado caballos á muchos funcionarios públicos de su tiempo.

Cárlos IX de Francia se interesaba de tal modo por la felicidad de su país, que era una compasion el verle atareado.... (¡Oh príncipe insigne!) en cazar moscas, cuando no cazaba hombres.

Francisco I perdió en la batalla de Pavía todo menos el honor, lo cual era precisamente lo que menos le importaba de todo.

Vellido Dolfos era tan certero en su puntería, que encajaba la punta de un venablo por el ojo de una llave: testigo el rey don Sancho, á quien, en el cerco de Zamora,

*fastidió* por mala parte, cuando, como dice el Romancero:

el buen rey se habia apartado  
con voluntad de facer  
lo que á nadie es escusado.

Hubo ocasion en que el Cid unció á su carro de triunfo seis ú ocho reyes; osadía que, en mi concepto, le hubiera acreditado de republicano rojo, si las cosechas de aquel tiempo hubieran producido semejantes frutos. *Et voila comme on escrit l'histoire*, que dicen los franceses. «¡Vaya unas noticias!» que decimos nosotros.

Escribir así la historia, maldita la gracia que tiene; para ese viaje no se necesitan alforjas. El caso es reseñar la vida y milagros, si por ventura los hicieron, de personajes envueltos en las densas tinieblas de los siglos; de notabilidades celebérrimas de

quienes, sin embargo, apenas se sabe una jota.

Levantáos de vuestros sepulcros, sombras sagradas de los CALAINOS (el de las coplas) ANTON PERULERO, CACHANO (el de las tejas), PICIO (el feo), CREÍQUE, PENSÉQUE, DON TECLYN, MARIQUITA LA PELONA, JUAN DE LAS VIÑAS: dejad vuestras tumbas, manes ilustres de los PERO-GRULLO, PADRE COBOS, PERICO (el de los palotes), LEPE (el sabiondo), CARDONA (el listo), AMBROSIO (el de la carabina), BERNARDO (el de la espada que ni pincha, ni corta), la TIA MARIZÁPALOS, EL REY QUE RABIÓ, EL BOBO DE CORIA: despertad de vuestra modorra, EL PRIMERO QUE ASÓ LA MANTECA, MARICASTAÑAS, CORRE-VE-Y-DILE, JUAN PERANZULES, (el de las bragas azules), LA TIA CALASPARRAS, DON GUINDO, EL REY PALOMO (yo me lo guiso y yo me lo como), y demas héroes y *héroas* que andais en

boca de todo el mundo , y no obstante, apenas sois conocidos. ¡Hurra! ¡Hurra! Romped vuestras fúnebres mortajas, y relinchad, y rugid, y tronad contra la injusticia y el olvido de cuantos biógrafos se ocupan en averiguar vidas y hechos ajenos.... ¡Hurra! ¡hurra! ¡hurra!

Entre esas celebridades, ante cuya grandeza retroceden los escritores mas audaces, cuyo nombre vuela de labio en labio en alas de la tradicion, pronunciándolo á menudo desde el último trapero hasta el primer magnate, descuella magestuosamente, como un empleado laborioso entre una nube de holgazanes... empleados, ó mas poéticamente, como el cedro de Líbano, *El Otro*, aquel esclarecido varon, que varon debió ser si no engaña el nombre, aquel Job del vulgo, que sin haberlo comido ni bebido, fué, es y será el blanco de las calumnias mas atroces.

¡Tal es la perra suerte que cabe en este valle de lágrimas á los buenos!

Afortunadamente, nunca falta un róto para un descosido, nunca falta una pluma para rehabilitar la memoria de esos génios, tan desgraciados como sublimes, y la mia va á ejercitarse ahora mismo en esta obra meritoria.

*El Otro*, segun varios autores de cuyos nombres no hace falta acordarse, y así quedará la verdad tan demostrada como si citásemos un centenar de ellos, nació no se sabe cómo, cuándo, ni dónde; pero es cosa averiguada que debió gozar grande importancia en su tiempo, importancia que ha ido creciendo con el trascurso de los siglos hasta alcanzar la inconmensurable que hoy tiene. ¡Ah! un dato precioso para la historia... le gustaban los nísperos, y tenia un lunar imperceptible en la rabadilla.

No deja de ser raro, si se quiere, que unos se apoyen en la autoridad irrecusable de *El Otro* para las cosas buenas, y que no falte quien pronuncie su nombre respetabilísimo para las cosas malas; pero lo cierto es que el hecho existe, ó hablando en términos de obstetricia intelectual, lo cierto es que el hecho se páre, por mas que no se conciba; fenómeno que tambien se observa á cada paso en los plagiarios de todas clases, que se llaman padres de hijos que no han engendrado y los dan á luz por suyos. El positivista, que no da crédito sino á lo que ven sus ojos y palpan sus uñas, desconfia de lo que no le ofrece las seguridades que ansía, y á lo mejor suele cortar una conversacion exclamando: *porque, como dijo El Otro, mas vale pájaro en mano que ciento volando*: el creyente, por el contrario, se espresa así: *como dijo El Otro, hombre des-*

*confiado, hombre desgraciado.* ¿Quién calumniará de los dos á *El Otro*? ¿Le calumniará efectivamente alguno de ellos? ¿Tendrán entrambos razon para citarle? ¿O será talvez *El Otro* de naturaleza tan acomodaticia y flexible, que así se avenga al escepticismo del primero, como á la buena fé del segundo? Si así fuese, ofrecería un espectáculo extraño á los ojos del mundo, porque felizmente, no hay hombre que se doble á viento alguno; firmes son todos en sus creencias, como pudiera serlo una roca de azúcar azotada por el Océano.

La primera vez que yo ví á *El Otro*, porque yo he tenido la suerte de verlo, fué en sueños, y, la verdad, quedé profundamente afligido al examinar su facha. Figúrensele mis lectores,—y se figurarán lo cierto,—con una cabeza tan grande como la media naranja de una catedral, y con la

frente llena de bollos, que era una desdicha.

Dióme gana de preguntarle:—¿Qué significan esos bultos?

—Son los chichones que me han levantado; me contestó.

—¿Has reñido con alguien? ¿Has sido matasiete?

—Nada de eso, y sin embargo...

—¿Y esas medallas que traes pendientes de las orejas, de la punta de la nariz, del chaleco y del alzapón? (porque usaba todavía alzapón). Observo esculpidas en ellas, si los ojos no me engañan, varias escenas...

—Estas medallas son los milagros que me han colgado.

—¿Has hecho milagros, por ventura?

—Ninguno; pero me los atribuyeron, y no tuve valor para protestar contra semejantes regalos.

—¿En dónde habitas?



—A ochenta mil millones y pico de leguas del mundo en que tú te agitas; y como vivo tan lejos, nadie teme achacarme lo que ni he soñado siquiera, por aquello de

El mentir de las estrellas  
es muy seguro mentir,  
porque nadie ha de subir  
á preguntárselo á ellas.

A veces cuando oigo á un hombre decir, como dijo *El Otro*, me dan ganas de coger un pedazo de cualquiera de los planetas vecinos, y de romper con él la crisma al impostor; pero al momento reflexiono que, para ser justo el sistema planetario necesitaria arrojárselo todo, pues son muchos los hombres que se ocupan en la tarea de levantar falsos testimonios, no solo á mí, sino á sus mismos hermanos.»

Hubiera yo dado un ojo porque no se

desvaneciese mi sueño, hasta penetrar los mas íntimos secretos de la historia misteriosa de *El Otro*; pero mi sueño huyó, y mis dudas principiaron á martirizarme de nuevo.

¿Quién es, pues, *El Otro*? preguntará el lector curioso. ¿No lo sabes? le pregunto yo á mi vez; no te dé pena: la presente biografía nos dejará á tí y á mí en la mas deliciosa ignorancia. Veamos, no obstante, si podemos explicar por analogía su interesante existencia.

¿No has tenido nunca, lector afortunado, un panadizo, un dedo malo? No sabes lo que es bueno. Pero supongamos que lo has tenido, y eso supuesto, habrás observado que todo parece que conspira á chocar contra él, aumentando el dolor, el cual, á consecuencia del mas leve contacto, te hace ver las estrellas cuando el sol inunda de luz la tierra.

Pues bien; *El Otro* es una especie de dedo malo. Tengo para mí tambien que debió nacer en el hermoso, olvidado y antiguo reino de Galicia; y me fundo para pensar así, en que cuando á un individuo inocente se le atribuyen con pertinaz empeño acciones ó palabras que no ha ejecutado ni dicho, y de las que resulta perjuicio á tercera persona, el individuo en cuestion, apela para defenderse, á la conocida frase de *nunca ha de faltar un gallego á quien echar la culpa de todo*.

Sí, amados lectores; *El Otro* es el dedo malo, el gallego del proverbio, el yunque eterno del furibundo martillo de la calumnia, la muletilla del mentiroso y del ignorante, el atajo de los que, no acertando á concluir un razonamiento, y de los faltos de memoria, que, no recordando á quien oyeron tal ó cual palabra, tal ó cual conversacion,

salen del paso con un: *porque como dijo El Otro...* ¡Mentira! mentira! mentira!

Sébase de una vez para siempre, que *El Otro* ha debido ser lo mas callado del mundo, y dicho se está que hubiera sido un excelente diputado en un congreso de mudos ó de alcornoques. El empeñarse en achacar alternativamente palabras buenas y malas, vicios y virtudes, crímenes y escelencias, milagros y heregías, al ente mas inofensivo de cuantos han poblado los espacios imaginarios, es solo hazaña digna de los que siguen (y cuidado que no son pocos) la máxima de vastadora de dar al prójimo contra una esquina.

## EL RASTRO DE MADRID.

La primera vez que vine yo al Rastro (y digo *vine*, porque actualmente somos vecinos, y ya nos conocemos *bastante*) fué una hermosa mañana de abril, en la que el cielo risueño, azul y transparente, parecía que derramaba todos los esplendores de su luz, y el aire del campo (que al lejos se distinguía como una alfombra de verdura) todo su tibio y perfumado aliento sobre este punto de Madrid que me habían pintado con negros

y tristísimos colores. El Rastro, plazoleta no muy regular, comprendida entre las calles de los Estudios de San Isidro, Maldonadas, Embajadores, Ruda y Ribera de Curtidores, (que en realidad tambien forman parte de él, y especialmente la última) apareció á mis ojos como el mercado mas alegre, mas bullicioso y mas concurrido de la coronada villa, disipando las nubes que habia levantado en mi cerebro la relacion de lo que debia presenciar en este sitio.

Un amigo, algo misántropo, me habia asegurado que el Rastro era una especie de cementerio, en cuyos nichos venian á depositarse tarde ó temprano los últimos restos del lujo y de la miseria cortesana.

Segun las frases hiperbólicas de otro, poeta por mas señas, que acababa de leer al Dante, era *la antesala de la muerte*, y opinaba que, para aviso y escarmiento de las

gentes, debia ponerse á su entrada la terrible inscripcion de la Divina Comedia: *Lasciate ogni speranza voi ch'intrate.*

Pregunté á un hombre de negocios, y me respondió que era la *Bolsa de la miseria.*

Un médico lo comparaba á *un cáncer*, y las calles adyacentes á otras tantas raíces del mismo tumor, las cuales, ramificándose y subdividiéndose, penetraban con diversos nombres en el corazon de la capital.

Un filósofo pesimista lo definia de la manera siguiente: «El Rastro es el Madrid verdadero, el Madrid desnudo, el Madrid que, arrojando la careta que le cubre, y despojado del traje del Carnaval cotidiano, va á sentarse pensativo, solitario y angustiado allí, en aquel muladar hediondo, como un leproso, y á enseñar al cielo las llagas profundas que

corroen sus miembros podridos, semilleros inagotables de gusanos.» Y en seguida me recitó estos versos del libro de Job <sup>1</sup>:

.....  
 Aun mi propia mujer huyó mi aliento  
 con asco, y mis brazos, y rogada  
 no quiso en su regazo darme asiento.

.....  
 Los que antes eran del secreto mio,  
 abominan de mí; y estos preciados  
 amigos, me maltratan con desvío.

Mis huesos al pellejo están pegados,  
 y ya de consumido, brotan fuera  
 los dientes sobre el cuero señalados.

¡El Rastro! Desde mi llegada á Madrid estaba zumbando en mis oídos esa palabra fatídica, lúgubre, pavorosa, que, á mi juicio, compendia todos los desastres, todos los desengaños, todos los dolores, todas las

<sup>1</sup> Trad. por Fr. Luis de Leon.



agonías supremas, conocidas ó ignoradas, de la vieja metrópoli de dos mundos.

Yo veía levantarse de la noche á la mañana teatros y estátuas, palacios y fuentes, jardines y paseos; construirse calles enteras; abrirse al comercio, á la industria y á las artes magníficos establecimientos, y pensaba con asombro:—¿Es posible que cuando todo en la corte se renueva ó varía, solamente el Rastro conserve la fisonomía peculiar característica con que le conocieron nuestros padres y nuestros abuelos? ¿Estará ahí el Rastro como un consejo saludable y elocuente, como una amenaza sombría, como un faro salvador, ó como una de esas cruces negras que vemos á orillas de los caminos, en memoria de crímenes atroces, para que recemos un *Padre nuestro* por las víctimas, y huyamos presurosos del lugar de la catástrofe?

El espectáculo que yo presenciaba, contradecía semejantes ideas.

Una plazuela abundantemente surtida de los artículos mas necesarios á la vida; carnes de vaca, de cerdo y de ternera; caza, pescados, legumbres y frutas; una mesa, donde se despachaba café; otra, donde vendian leche; una multitud vocinglera, que se codeaba, pisaba y estrujaba, porque no cabia en tan estrecho espacio; señoras, aunque pocas; criadas muchas; aguadores y asistentes de tropa; desocupados y curiosos de ambos sexos; puestos humildes, pero limpios, de loza basta, cristalería, pañuelos, calcetines de algodón, medias de lana, y otras menudencias del comercio ordinario; alguna rabanera; tal cual muchacha con olorosos ramilletes de rosas, dalias, albahaca, yerba luisa y claveles... Hé ahí, en globo, el Rastro, segun se me ofreció al primer golpe de

vista , causándome una sorpresa tanto mas agradable, cuanto que, fuera de algunas exclamaciones groseras ó agudezas desvergonzadas , oí diálogos que revelaban el gracejo natural de los hijos de Madrid , pintado con singular maestría por el valiente pincel del Goya de nuestra literatura, el ingenioso don Ramon de la Cruz, en sus populares *Sainetes*.

—Soy nuevo en la corte (me dije), y mis amigos pretenden sin duda divertirse á mí costa : el Rastro de que me han hablado es un ente que no existe, un fantasma imaginario , un espéctro abortado por el delirio, un mito medroso en el cual, escritores visionarios, extraviados por una aberracion mental lastimosa, ó idólatras ciegos de tradiciones sin origen cierto, han querido, no sé por qué razon, ni con qué fundamento, personificar el trágico fin de todas las grandezas y de todos los placeres.

El sol, en tanto que yo así discurría, continuaba derramando su luz, que acaso un poeta pobre hubiera llamado lluvia de oro, por aquello de: soñaba el ciego que veía. De vez en cuando algunos pajarillos, revoloteando sin dirección fija, se posaban en los aleros de los tejados ó en los hierros de los balcones adornados con tiestos llenos de enredaderas y flores, y saludaban con tiernos pios la venida de la primavera; por otra parte, el alegre vocerío del mercado hubiera sido suficiente para disipar las melancolías del hombre mas tétrico del mundo.

Ya iba yo á calificar de calumniadores al misántropo, al poeta, al médico, al hombre de negocios y al filósofo, cuando héte aquí que, abriéndose paso por entre la apiñada concurrencia, atravesó el Rastro, entre cuatro soldados y un cabo, una docena de mozos (ó mejor dicho, de niños) lugareños;

uños en mangas de camisa y con pañuelo á la valenciana atados á la cabeza; otros con chaquetilla, faja y calañés adornado con lazos y escarapelas de seda; pero todos cabizbajos, silenciosos, tristes como si les llevaran al suplicio; los cuales habian caido quintos en el último sorteo. Venian de la calle de Embajadores, y al entrar en la de las Maldonadas, un moceton, alto y musculoso como un Hércules, que cerca de mí estaba, les dijo lanzando una risotada:

—¡Mira qué alegres que van! ¡Animo, hijos mios, que ya poco os falta para tomar la licencia!

Este sarcasmo brutal me recordó los funestos precedentes del sitio en que me hallaba, y despues de una serie de racionios incoherentes, confusos, tumultuosos, mi imaginacion, impulsada por una fuerza desconocida é irresistible, me transportó al seno

de las familias de aquellos infelices; y ví madres sin hijos, hermanos sin hermanos, padres sin apoyo, hogares frios y abandonados, campos estériles, amores sin consuelo; y oí suspiros, y sollozos, y lamentos, y oraciones que no sosegaban el mar de lágrimas que vertían tantos desventurados.

Una jóven, bien parecida, que estaba dando el pecho á un niño, oyendo la esclamacion estúpida del jayan, dijo:

— ¡Calla esa boca! Anda malas entrañas, que no tienes corazón.

E inclinando su rubia cabeza comenzó á besar á la criatura que estrechaba en sus brazos, añadiendo con reconcentrada amargura:

— ¡Y para eso damos á nuestro hijos la sangre de nuestras venas!

Desde este instante la escena varió á mis ojos. Miré á la derecha, y ví una mujer an-

drajosa, trémula, encorvada que, semejante á una vid seca, llevaba colgados de sus hombros, columpiándose bruscamente, dos racimos de botas y zapatos de cabra, de becerro, de charol, de paño, de raso y de satén; pero rotos, súcios, remendados, faltos de tacones, ó de cañas, ó de suelas. Cubria la cabeza de la siniestra aparicion un calañés nuevo, *al parecer* (porque en el Rastro, como en literatura, nada puede asegurarse que sea nuevo); y encajado encima de él, siguiendo un órden gerárquico rigoroso, un sombrero de copa alta, sin alas, con varios hundimientos, pelado á trechos, y de color indefinible. Por último, una capota de raso y de hechura antigua, con flores de tela, arrugadas y descoloridas, en las carrilleras, y pendientes de un brazo delgado y tendinoso, un par de vestidos de seda en buen uso, completaban aquella prendería ambulante.

te y acaso todo el capital de su dueño.

—Cabayerito, cabayerito (me dijo, levantando un poco el brazo), cómpreme usté pa su novia este par de alhajas, y hará una obra de caridá. No se figure usté que son por *hay* de alguna de poco mas ó menos. ¡Pobreciya! ¡Era una muchacha como un sol! Un tunante (¡lástima de garrote!), me la sacó engañá de su casa, la mercó estas prendas pa la boda, y despues el arrastro... ¡que si quieres! Orozco, no te conozco. La chica, ya se vé, se arrecogió otra vez en casa de los suyos como una oveja descarriáa, y se fué poniendo lo mismo que la cera, y tan encanijáa como una lambrija. Si hoy no hago dinero (añadió verdaderamente conmovida), su madre no podrá mandar que recen mañana un responso por el alma de la niña; porque está en sus últimos, acabándose como un pajarito.



¡Aquellas galas de boda iban á servir tal vez para comprar una mortaja! Habian ido á parar al Rastro, y la voz del poeta resonaba en mis oídos: *Lasciate ogni speranza.*

No quise preguntar, ni oír mas historias. ¿Ni para qué? ¿No veía escrita con caracteres horribles, en todo lo que me rodeaba, la epopeya del dolor y de la miseria, á derecha é izquierda, delante y detras de mí, en el suelo y en los cajones, en tenduchos, en covachas tenebrosas y desmanteladas, y hasta en la fisonomía de muchos de los que traficaban en el Rastro?

Obras científicas y descabaladas; pastas sin libros; jaulas sin pájaros; tinajas sin fondo; botellas sin cuello; guitarras sin voz ni cuerdas, y llenas de pegotes de lienzo y papel; mesas cojas; sillones mancos; quinqués, lámparas, velones y candiles sin luz;

braseros sin fuego ; platos resquebrajados, y cacharros de fuentes , cazuelas , pucheros y barreños ; vidrios empañados y rotos ; chimeneas inservibles ; sartas de botones de metal descascarillados ; hileras de zapatos corcusidos groseramente , grasientos , sin lustre , nauseabundos ; correages y monturas podridas ; medios tapones de corcho ; pedazos de clavos ; ristras de tiras de paño, lavadas y cepilladas , y retazos de telas, cuyos colores habian recobrado cierta vida enfermiza , merced al jabon ; colchones fofos, y jergones raidos , amarillentos , que quizás habrian pasado allí desde los hospitales y los cementerios ; sables como sierras, sierras desdentadas, y dientes de sierras ; espadines romos ; pistolas y cachorrillos desarmados ; llaves sin guardas ; campanillas cascadas ; escribanias agujereadas ; cascabeles mudos, y otra infinidad de objetos de bronce , de

acero, de hierro, de estaño, de latón; pero todo viejo, todo inútil al parecer, amontonado, lleno de abolladuras, confuso, repulsivo, tomado de orín, repugnante, hendido, mutilado.

Medio aturdido y necesitando respirar otro aire mas puro, volvíme á casa, con ánimo, sin embargo, de proseguir por la tarde mis observaciones, pues podría verificarlo mas á mis anchas.

La hora de la tarde, que fué la del crepúsculo, elegida para mi intento, daba una solemnidad misteriosa á aquella escena de aniquilamiento. A lo lejos, hácia la parte de poniente, los postreros rayos del sol arbolaban con los colores del iris las nubes que, á manera de islas flotantes, se mecían sobre el horizonte; pero el cielo del Rastro era oscuro, pesado, informe, y envolvía en su manto de sombras el teatro de mis me-

ditaciones. El olor era de cementerio.

Cada uno de los objetos anteriormente mencionados, me hablaba con una elocuencia tremenda, fascinadora.

Poseído de un vértigo supersticioso, parecíame que en el fondo de aquellos casuchos, que en las entrañas de aquel mundo muerto, todos los objetos gesticulaban y se reían, andaban y gemían, murmuraban y gritaban, lanzando alternativamente ayes, blasfemias, suspiros, carcajadas y oraciones, y que cada cual me iba diciendo su historia en palabras concisas y aterradoras.

—Yo (decía una chupa bordada con seda de colores), de un palacio pasé con mi dueño á una boardilla, de la boardilla á una prendería, de la prendería aquí.

—Yo (respondía una sábana), he servido varias veces de mortaja.

—Yo soy despojo del orgullo.

- Yo de una bancarrota.
- A mí me trajo un ladron.
- A mí una prostituta inválida.
- A mí el juego.
- A mí el hambre.
- A mí el cólera-morbo.
- A mí la muerte.

Fuéronse cerrando los cajones y las covachas, y desaparecieron los puestos del suelo, á medida que la sombra aumentaba; las campanas plañian el toque de oraciones, y los murciélagos aleteaban sobre aquel desierto que se iba quedando cada vez mas solitario. El único ruido que yo percibia, era el ocasionado por la monótona caída del agua de una fuentecilla miserable, en su mayor parte de ladrillo, y sin mas que un caño, situada en la Ribera de Curtidores, frente á la calle de las Amazonas, que, adquiriendo nueva forma al fantástico resplan-

dor de la luna, que ya asomaba, parecia el ángel del dolor llorando sobre una urna.

Amargamente conmovido me retiré con lentitud hácia el centro de la poblacion, esperando que el bullicio, la alegría, el movimiento, la vida, en fin, que siempre reinan en las principales calles, ahuyentaria los negros fantasmas que poblaban mi imaginacion. ¡En vano! Estaba de Dios que no habia de descansar aquella noche. Una voz secreta me gritaba

Al pasar cerca de un hospital: *los hospitales son el Rastro de la salud;*

Al pararme junto á un teatro: *los teatros son el Rastro de la literatura dramática;*

Al acercarme á un cuartel: *los cuarteles son el Rastro de las esperanzas mas santas y mas queridas;*

Al oír á un beodo: *las tabernas y las*

*fondas son el Rastro de la temperancia;*

No lejos de un edificio del Estado: *la ambicion es el Rastro de la moralidad;*

Al recorrer la Carrera de San Gerónimo, y otras calles inmediatas: *estas son el Rastro del pudor;*

Al tomar en el Suizo un periódico: *la política es el Rastro de las virtudes cívicas;*

Al leer en él la cotizacion del dia: *la Bolsa es el Rastro de la buena fé y del crédito.*

Reflexionando en el momento en que escribo estas líneas, que mi mala ventura me ha ido empujando del centro de Madrid á la calle en que ahora vivo, no puedo menos de pensar tambien en el destino futuro de mis ilusiones mas bellas, exclamando:

—La posteridad vendrá mañana como una trapera á la puerta de mi casa, y es-

carbando y revolviendo con gancho seguro los montones con que tropiece, encontrará en ellos mis pobres borradores, harapos de gloria soñada, que tantas vigiliass, y tantas privaciones, y tantas lágrimas me han costado, y los llevará al Rastro, en donde quedarán olvidados y confundidos entre los mil y un harapos del lujo y de la miseria, del dolor y de la alegría, de la felicidad y de la desgracia.



## LA PULGA ERRANTE.

GRAN FÁBULA PARA NIÑOS GRANDES (HOMBRES).

### I.

A punto estaba yo anoche de dormirme, con el suave calor de la cama y el no tan suave cansancio del día, cuando una maldita pulga dió en picarme repetidas veces; como si de mi cuerpo intentase estraer alguna sustancia; aunque, bendito sea Dios, no me pesan gran cosa las carnes, pues soy un en-

jerto de espíritu vital y huesos. A juzgar por los aguijonazos que me daba, la pulga pudo haber habitado bastante tiempo en la tienda de algún barbero *brusista*; toda vez que los *brusistas* creen que la medicina no consiste sino en sajar venas y sacar sangre del malaventurado prógimo que en sus rapantes uñas cae. Obligóme, pues, el pícaro vicho á encender un fósforo de cerilla, con ayuda del que logré atrapar al homicida y meterle en la capilla de mis dedos.—«¡Oh revolucionario, sanguinario, incendiario y sicario animalejo! —esclamé; no te librarás tú del merecido castigo, como ciertos hombres que chupan la sangre á los pueblos, y luego se marchan con la música á otra parte, sin que nadie les siga la pista». Apesar de este inocente desahogo, no me pareció regular dar muerte á la pulga, por lo que voy á decir.

Todos hemos leído, cuando íbamos á la escuela, á Samaniego, Iriarte, La Fontaine y otros fabulistas; y todos sabemos que el raton, el lobo, el burro y otros animales hablan como cualquiera hijo de vecino, y aun enseñan consejos muy dignos de tenerse en cuenta. Digo esto, porque viéndose la pulga en tan crítica situacion, rompió el silencio con una voz delgadita y lastimera, en esta forma:

—Si yo tuviese la seguridad de verme libre, le contaria á usted las estupendas aventuras que me han sucedido en mis viajes y correrías; pero ya estoy sentenciada á muerte, ya no me resta esperanza, ya no hay quien interceda por mí, y llevaré á la tumba el desconsuelo de no ser escuchada. ¡Cómo ha de ser! Tribunales y jueces hay tambien entre los hombres, que condenan muchas veces solo por pasiones ó miras particulares, sin prestar

oreja, ya que no oído, á los infelices acusados. Afortunadamente, el cielo de las pulgas (nosotras creemos en un cielo), se me abrirá de par en par, á causa de haber sido yo tan bonachona que, mientras otros seres de mi especie daban cien picadas, yo daba solamente noventa y nueve.

Sorprendíme al escuchar tales palabras en un animalejo tan ruin como es la pulga; y, entrando en deseos de saber cuales eran las estupendas aventuras que me tenia que contar la prisionera, le contesté en estos términos:

—Si de algun provecho me puede ser tu relato, desde ahora te doy mi palabra de soltarte; mas si conozeo que tu peticion es un pretesto para eludir mi justo enojo y escaparte, asegúrote que he de arrancarte la cabeza con un alfiler y he de estrujarte viva. Ya puedes comenzar.

Entonces tosió la pulga, y dió así principio á su curiosa y verídica historia.

—Creo que nací en el rabo de un pollino pardo, miserable, humilde, trabajador y apaleado, además, como suelen ser en el mundo todos los humildes y trabajadores. Mi ascendencia se pierde en la noche de los tiempos: cónstame, sin embargo, por tradición, que soy pulga de sangre real y muy rancia; tanto, que de mis abuelos, unos se alimentaron á costa del pellejo del rey Wamba; otros anduvieron saltando de peña en peña y de oso en oso por las inmediaciones de Covadonga, y esos picaron varias veces á don Pelayo; finalmente, pulga hubo que fué á la conquista del Nuevo Mundo entre unas calzas viejas de Hernán Cortés. Pero volviendo al rabo del pollino, cuna donde me columpié en mis primeros días, este cuadrúpedo (no la cuna sino el pollino) tenía

un amo que merecia la albarda mejor que él; pues le alimentaba poco y mal, y no le guardaba consideracion de ninguna especie: así es, que tomé el partido de saltar del susodicho rabo, con sendas esperanzas de hacer mi suerte mas llevadera, á otro cuerpo mas lucido y relleno: y dando brinquitos me puse encima de un perro mastin que guardaba algunos hatos de corderos y cabras. No bien me sintió el perro en su oreja izquierda, fuese á echar junto á los pastores, que á la sazón estaban discurrendo el modo cómo habian de robar al mismo señor que les mantenía. Segun lo que pude oír, quedaron por de pronto en zamparse un famoso borrego, y decir que se lo habia comido el lobo. Comenzaron despues á ordeñar las cabras, encargándose una moza que allí presente estaba de llevar á la próxima ciudad dos cántaros de leche, cuyo producto re-

partirían luego entre sí buenamente los fieles pastores, sin dar al amo cuenta de ello; para que se verificase el antiguo adagio de: *Cria cuervos y te sacarán los ojos*. No pude menos de vengarme á mis anchas de aquellos tunantes, y al objeto, llamé y convoqué para una asamblea á todas las pulgas, representantes como, yo, de la mas estricta moralidad, y que conmigo estaban sobre el perro, y nos fuimos derechitas á los pastores, quienes aquella noche sufrieron, por nuestra parte, el condigno castigo. Era de ver qué gresca se armó entre ellos; quien se rascaba la punta de la nariz; quien se frotaba las piernas; uno se llevaba las formidables uñas hácia las regiones occidentales de su cuerpo; otro acudia con una ligereza lamentablemente estéril al polo opuesto. Uno de los pastores, mi víctima, comenzó á perseguirme de tal modo que

hubiera yo muerto, á no plantarme en el jubon de la moza que decia en voz baja, aparte de los demas:

—Lo que es veinte ó treinta cuartos bien puedo sisar á los pastores, si llego á vender los cántaros: todo se reduce á decirles, si despacho la leche á cuatro el cuartillo, que solo me ha valido tres y medio cada uno.

No quise picar á esta moza, porque real y verdaderamente era una obra de caridad que ella robase á unos ladrones, si bien su intencion nada tenia de piadosa, antes era tan perversa como la de ellos.

A la madrugada marché con la moza á Murcia, mirando de reojo sus largas y enormes uñas, aquellas infernales uñas que me estremecian como si fuesen de escribano ó de ministro; pero, á Dios gracias, llegué al término de nuestro viaje buena y sana, ha-



biendo tenido la precaucion de esconderme en una costura, en donde dormí un rato, y desde la que disfruté por espacio de algun tiempo del bello paisaje que por aquellos sitios presenta la naturaleza á los ojos del observador curioso.

Lo primero que encontramos al entrar en la poblacion, fué una señora elegantemente ataviada, para ser tan temprano, con dos doncellas (así llamadas) que la seguian y sin duda iban á misa. Figurándome que en aquella señora encontraría alimento abundante y delicado, y ademas mullido lecho, al pasar junto á ella me introduje en su pecho y... señor mio, allí encontré sendos copos de algodón, el corsé embutido de lo mismo, y un cútis pegado á las costillas como con obleas. Las tripas de la señora rugian horrorosamente como si pidiesen comida; por lo visto yo estaba sobre una

apariencia andando; mucho boato por defuera, y nada por dentro.

Metímonos en un templo allí vecino, y á poco la señora introdujo en su faltriquera una carta que con cautela le entregaron. Yo la leí de cabo á rabo, como aficionada y curiosa. Era la carta de un cortejo que citaba á mi huésped al campo, para cuando su marido saliese, como de costumbre, á un pueblo inmediato á ver su escasa hacienda. No tenia el diablo por donde desechar á la buena mujer. El almizcle que consigo llevaba me trastornó bastante, y así determiné dejarla en paz y sentar mis reales en otra parte.

## II.

Verifiquélo en la capa del dueño de un café, cuya mujer habia comprado los dos cán-

taros de leche, á los cuales tuvo á bien añadir seis cuartillos de agua, como luego lo hizo saber á su marido, con gran contentamiento de este, que aun quisiera bautizarlos mas. Acertó á entrar en el café un poeta larguirucho y desgachado; y me metí en uno de los bolsillos de su chaleco donde, la verdad sea dicha, no habia mas que ocho cuartos, esto es, la precisa cantidad para beber un vaso de leche aguada, con azúcar molida, á lo menos azúcar parecia; y eso que á mi aguda vista no se le escapó que tenia su correspondiente dosis de harina, con cuyo ingrediente blanqueaba que era un gusto. Alguna obra traia á vueltas en su imaginativa nuestro poeta, á inferir por lo que sudaba, y ademas por un cachete que asentó en su frente, cuando á mí me sintió. Yo, á pesar de la indirecta, proseguí en mi agradable tarea, mas por entrete-

nimiento que por aversion que hubiese cogido al vate. Tales cosquillas pude hacerle, que el pobre y sensibilísimo alumno de las nueve tuvo que levantarse, habiendo perdido tal vez un pensamiento, una inspiracion feliz. Mas no hay que acusarme de ladrona, pues le hice al poco tiempo una restitution *in integrum* y aun con usura, inspirándole con mi feroz tenacidad una *bonita* y ligera composicion á *Una pulga*, que improvisó allí mismo, y tal, que nunca hizo otra mejor, segun se colige de estas estrofas que recuerdo, y que pueden arder en un quinqué:

¡Oh tú, vicho infernal,  
que clavas tu puñal  
en mi frente sublime, celestial;  
asi un rayo inmortal  
te mande á la region sepulcral!

Tus patas son fieras,  
con ellas me desesperas  
como aquel que no puede comer peras;

tú haces que me salgan mil ojeras,  
y hasta que mueras  
me martirizarás de mil maneras.

Eres peor que un nublado,  
que destruye el ameno sembrado;  
eres peor que un estofado,  
mas bárbara que el soldado  
que corre ensangrentado  
con el morrion viejo destrozado.

Es de notar que esta clase de gente saca tanto provecho de las satisfacciones como de los disgustos de la vida. Salen de un oficio de difuntos, agarran la pluma, hablan de *féretros, sombras y agonías*; en seguida van á un baile, y despues zurzen unas líneas rebosando *carcajadas, festines, cabelleras y calabazas*. Ello es cierto que muchas veces mueven á compasion, pues suelen ser delgaditos como las cañas de centeno, estrafalarios como estudiantes de la sopa, derrotadores, cuando tienen qué, como capitalistas, y andan hambrientos, casi siempre, como los que co-

bran del Estado. Encuéntranse en todas partes, como nosotras; son capaces de entrar por el hondon de una aguja; sacan á relucir las faltas de sus prójimos, y á costa de ellos fabrican muchas veces el edificio de su gloria, pues por lo que hace al de su prosperidad, no hay para qué molestarse en pensarlo.

Fuí acompañando á nuestro poeta á su casa, en cuyo piso bajo (que los hijos de las musas suelen habitar en las troneras de los tejados) vivia un panadero, hombre honrado, como luego se verá, y en cuya chaqueta me encaramé en un decir *Jesus*.

El poeta subió á su aposento, y el honrado panadero, despues de saludarle á su manera, se metió en el suyo; y, cuando creyó que nadie le observaba, comenzó á rociar el trigo que destinado tenia á la venta en grano, con un escobajo que introducía en un gran caldero de agua, y que manejaba como un

hisopo. Hecha esta operacion , sacó de un talego una infinidad de menudas chinas, pajas y broza, que mezcló tambien con el grano , echando de las primeras en la sal , de que tenia toldo , para vendernos de esta manera gato por liebre.

—«¡Oh conciencia de garabato! esclamaba yo para mis adentros.—¡Agradece á los buenos temporales que corremos el que no te delate por tus bribonadas!»—Y como si me hubiese oido, cesó de repente en su vituperable, entretenimiento , que así menguaba su honra como acrecentaba su codicia y sobre todo sus haciendas.

Aparecióse un calesero, que salia por la tarde para Madrid , y viendo yo la ocasion que se me presentaba de correr tierras, me puse encima del látigo que aquel llevaba en la mano. De alli á poco subimos á la galera, carruaje español neto , pesado é incómodo,

que apenas se conoce en otros países, y es muy comun en el nuestro; especie de antítesis de madera que se revela contra el galope del siglo, y que puede servir de termómetro á nuestra civilizacion. Iban en la galera un ex-fraile, un ex-oficial primero de la gefatura política de Murcia, una hermana de este, un baratero gaditano, dos sopistas y un perdido que venia del Peñon de la Gome-  
ra de cumplir una condena, en amor y compañía de una hembra no muy ganada, tuerta y de mala catadura, y ademas mi persona.

Como ya he dicho, las galeras son pesadas é incómodas, pero todo lo vence una buena aficion á viajar, y el entretenimiento que proporcionan los chistes é historias que en ellas salen á relucir. Quejábase el ex-fraile de que el gobierno, lejos de darle su mantenimiento como se lo prometiera á la faz de la nacion, le tenia en ayunas, desnudo



y vilipendiado de todo el mundo; decía que los pueblos también estaban hambrientos de pasto espiritual, arruinados los conventos, sus ministros perseguidos y apagadas las lámparas del templo; en fin, que España era un laberinto, un infierno. El ex-oficial apoyaba al ex-fraile, y este replicaba:

—Amigo, ya se va usted desengañando de lo que es el mundo: hace pocos días tenía usted un empleo del gobierno, y entonces decía que todo marchaba perfectamente, sin dignarse echar una mirada compasiva al que ahora tiene el honor de hablarle. Pero, como *á cada puerco le llega su San Martín*, á usted le llegó el suyo, sin ser usted puerco, que antes bien limpio y lavado le veo. Quiero decir que á usted le despojaron de su destino, y ahora pone el grito en el cielo; porque, desengañémonos, al que le duele, le duele.

—(¡Qué tonto es este hombre!) dijo para sí el ex-oficial. Y luego dirigiéndose al ex-claustrado, respondió:

—Así es, señor fraile. Veo que tiene usted cierta penetracion..... Mire usted, aquí viene mi señora hermana doña Quiteria, que es la misma que tiene usted á su derecha, y que.....

—A los piés de usted, muy señora mia y de todo mi aprecio; en Lugo tiene usted una casa á su disposicion,—interrumpió el ex-fraile, mirando á doña Quiteria.

Y el hermano de su señora hermana, siguió:

—Digo que á mi señora hermana doña Quiteria, le ha sobrecogido tanto la noticia de mi destitucion, que los ataques de nervios, el histérico, la jaqueca, y, en fin, todas las plagas parece que han caido sobre ella, á Dios gracias.

—No, á Dios gracias no; (esclamó vivamente doña Quiteria) gracias á los benditos ministros, á quienes deseo que se queden pegados para siempre á las poltronas, ya que tanto es su cariño hácia ellas. Pícaros, bribones, insolentes.....

—¡Quiteria! ¡Quiteria! vamos callando, dijo el hermano de su señora hermana.— Perdonen ustedes,—continuó volviéndose á los demas compañeros de viaje,—ya he dicho á ustedes que padece de los nervios.

Los sopistas retozaban con la tuerta, y la tuerta y los sopistas, guiñándose los ojos y pellizcándose, se reian desaforadamente de la señora doña Quiteria, que iba sepultada como una lagartija entre unos baules. El reverendo P. M. miraba á aquella perversa canalla con aire de gravedad; la canalla proseguia en sus trece; y el baratero y el presidiario, con los calañeses sobre el cogote,

fruncian el ceño como si se dispusiesen á trabar alguna reñida y descomunal batalla.

Entre todas las vidas y milagros que allí salieron á luz, ninguna hubo mas interesante y curiosa que la del presidiario, la cual este refirió como sigue:

—En un lugar de Castilla la Vieja, de cuyo nombre me acuerdo, y no quiero decir, vivia un tal Periquito Chispas, hijo de su padre y natural de su pueblo, y esto baste. Era el Chispas chiquitito, como suele ser la mayor parte de los Pedros, vivo como su apellido, colorado como un tomate, con la cara siempre mas aseada que el agua clara, la patilla corrida como una mala mujer é igual hasta la barba, chaqueta corta con los puños vueltos, lengua larga y manos limpias como zanahorias: todo lo cual indicaba á tiro de fusil el oficio en que Chispas se ejercitaba, pues era el de barbero. Este tal, como

otros tales, habia contratado hacer la barba al pueblo por doscientas fanegas de trigo, pagadas tan religiosamente, que en tres años que allí estuvo nuestro héroe, no le quedaron á deber ni un grano. El estúpido ayuntamiento le habia autorizado, en uso de su soberanía, para que ejerciese, ademas de su primitivo oficio, las profesiones de médico y cirujano: así es que el Chispas no cabia de satisfaccion por las calles de la aldea. Él recetaba al buen tun, tun, á diestro y siniestro, y unos sanaban por su natural robustez ó poca violencia de las enfermedades, y á otros, que eran los mas, se les llevaba Pateta.

Acostumbrado Periquito á tratar con aquellos hotentotes, que aplaudian sin cesar su comportamiento, y, sobre todo, la manera de curar asnos y cebones, afeitar y tañer la vihuela, se puso de muy mal talante y tem-

bló por su suerte, luego que acabó sus estudios de abogado el hijo de un ricachon del lugar; amostazándose mucho mas viéndole ya en casa de sus padres, precisamente al tiempo de la eleccion de justicia, de la cual le destinaban para alcalde, no á Chispas, sino al abogado. Sucedió *ad pedem litteræ* lo que nuestro buen barbero, temia. Romero, que así el licenciado se llamaba, quedó elegido alcalde; mas por entonces nadie se acordó de Chispas, ni aun Romero, quien no habia tenido ocasion de conocer hasta entonces la inestimable alhaja que el pueblo poseia.

Cayó enfermo el tio Calvo, uno de los regidores de aquella muy imbécil corporacion municipal, visitóle Chispas (¡ójala que no le hubiera visitado!), le dispuso un comimiento de tres ó cuatro yerbajos, y le sopló cuatro soberanas sangrías. Ni por

esas: la dolencia se agravaba de dia en dia, de hora en hora, viendo lo cual la mujer del regidor, fué á consultar con Chispas, á quien dijo:

—Señor cerujano, mi hombre dice que cómo no le recetais alguna melecina, á ver qué tal le pega.

—Voy, voy corriendo,—contestó Chispas, tomando en sus diestras manos la funda de una almohada en donde tenia metidas, para ocasiones como aquella, unas veinte recetas copiadas de un autor antiquísimo y desacreditado por lo visto.

—Pues señor (continuó Chispas), veremos si le toca una buena. A las tres va la vencida.

Y diciendo y meneando tres veces la funda á guisa de quien juega á la lotería, sacó una receta, leyóla, y arqueando las cejas, tosiendo y poniéndose á bailar como un bolero, exclamó lleno de júbilo:

—Ni pintiparada; esto es lo que le conviene al tío Calvo; y si esto no le saca adelante, dígola, tía Josefa, que no saben una jota todos los médicos y cirujanos del mundo; porque como dijo muy bien el famoso licenciado Mirlo-Mirlas-Mirlare-Mirlavi-Mirlatum, no hay cosa mejor, que la que mas conviene.

Marchóse corriendo la buena mujer, y ya en su casa, dijo al tío Calvo:

—Mire, hombre, el señor cerujano opina que le ha caído güena boleta.

Mandaron á otro pueblo por la botica, y la tomó, sin dejar gota, el tío Calvo el regidor, con lo cual á los tres dias era cadáver, á pesar de lo que dijo el famoso licenciado Mirlo-Mirlas-Mirlare-Mirlavi-Mirlatum.

### III.

Luego que Romero supo tan infausta



nueva, y cuál era la causa, mientras Chispas tornaba al pueblo, de otro inmediato, á donde habia ido á afeitar, se avistó con el sacristan, advirtióle que no tocase la campana, y llamando á Chispas, no bien se apeó este de un desventurado asno, le condujo á casa del tio Calvo, y le preguntó, ya en ella:

—¿Cuándo se pone bueno este hombre? ¿Se nos quiere usted desacreditar, señor Chispas? A ver, á ver qué tal, tómeme usted el pulso.

Hizo nuestro barbero lo que se le ordenaba, y frotándose las manos con cierta algazara, exclamó:

—Pues, señor, ya está bueno y sano; una poquilla de calentura tiene aun, pero no es cosa, y sino repare usted cómo duerme.

Hizo señas el alcalde á Chispas, á fin

de que le oyese afuera una palabra; y, saliendo entrambos á la calle, le dijo:

—Señor Chispas, ó señor dromedario, si en el término de media hora no toma usted las de villadiego, le zampo á usted en un calabozo como dos y tres son cinco, sin que le valga la bula de Meco. ¡Uf! Huya usted, huya usted. ¿Cómo se entiende, decir que tiene calentura un muerto? Darle debiera á usted una y buena, despues de lo ocurrido. Quítese pronto de mi presencia, ó sale de aquí á pedradas como San Estéban.

Conociendo el pobre barbero que el alcalde estaba dispuesto á dar una alcaldada, manifestádoselo mas espresivamente que con palabras, agachó las orejas, fuese á casa por los chismes del oficio, y puso piés en polvorosa, con el firme propósito de nunca hacer mas boletas, ni meterse en camisa de once varas. Mas hizo la casualidad

que por allí cerca hubiese un subdelegado de medicina, que, noticioso del caso, dió parte á la autoridad local de la intrusion y hazañas de Chispas, á quien se arrestó, se le siguió una breve causa, y se le sentenció á comer el pan del Peñon de la Gomera por espacio de seis años.

—¡Vaya un tuno que seria el tal Chispas! esclamó el ex-fraile.

—Poco á poco, contestó el presidiario encolerizado; el Chispas soy yo en cuerpo y alma, tan honrado ya como su paternidad; pues si bien es cierto que cometí los escesos, que yo mismo acabo de referir, para que sea mas completa mi espiacion, no lo es menos que ya los he purgado, cuando hoy dia veo pasear millares de intrusos en todas carreras, á ciencia y paciencia del gobierno; solamente, que al que le coje le coje, y yo me entiendo y bailo solo.

— ¡Y yo qué tengo que ver con eso? replicó el ex-claustrado. Que baile usted solo ú acompañado, me importa un ministro de Hacienda, aunque maldito si el asunto es tal que merezca bailarse. Pero hablando francamente, es verdad lo que usted dice; en tanto que gentes sin principios medran y engordan, se comen los codos los hombres que han gastado su salud y sus pesetas en una carrera honrosa.

El baratero escuchaba todas estas razones con la boca abierta, como si le hablasen en griego; y por no entenderlas, comenzó á cantar unas playéras andaluzas, que, por el pronto, disiparon el mal humor de los otros compañeros de viaje. Los sopistas le acompañaron despues, pero tan sumamente mal, que aquello era un guirigay, una oficina al estilo del dia. La señora hermana del ex-oficial de la gefatura de

Murcia, principiaba á afectarse de los nervios.

Por fin, llegamos á Madrid; yo iba un poco mareada, á causa del áspero y desigual movimiento de la galera; pero el fresco que por la tarde se levantó de la parte de Guadarrama, me dió la vida.

Pasaba á la sazón por la puerta de la mensajería en que paramos, un hombre sordo como una tapia, según observé luego, acompañado de un jóven que, al parecer, era su ayuda de cámara, mayordomo ó cosa por el estilo. El viejo iba diciendo á voces (como hablan los sordos):

—Oye, Joaquin; ¿no te parece que vayamos á dar un paseo hácia el Campo del Moro?

—Sí, señor, á mí me parece bien todo lo que usted quiera, contestó Joaquin; añadiendo por lo bajo: ¡Por vida del viejo!

¡Pues no se empeña en llevarme siempre por esos trigos, huyendo de la gente y del día como los murciélagos!

—¿Qué dices, muchacho?

—No digo nada.

—Me pareció que murmurabas entre dientes.

—No señor, antes voy cantando de gusto. (¡No puedo con la rabia!)

—Joaquin, muchacho.....

—¿Qué quiere usted?

—Creo que vas cojeando. Bien te lo dije yo: «cómprate unas babuchas de orillo, holgadas, como las mias, y no esas botas que destrozan los piés;» pero si ha de ser la moda primero que la comodidad..... adelante.

—¡Habrás visto hombre mas atroz que este! ¡Y que tenga uno que bailarle el agua, por necesidad!

—Lo mismo que el sombrero; ¿hay cosa

mas fea que un sombrero? ¡Cuánto mejor estarias con una gorra de nútria y de visera verde, como la mia!

Abandoné muy pronto á esta desdichada pareja, y me fuí saltando á la cuadra; donde tenia sus carruages el marqués de los Palillos. Lo primero que atisvaron mi ojos fué dos coches brillantes y magníficos, á la entrada; luego nueve hermosísimos caballos, bien mantenidos, y en un rincon, dos lebreles ingleses y una perrita de aguas, negra como una mora, los cuales gruñeron en el momento de traspasar yo los umbrales. El suelo estaba limpio como una sala de estrado, y las paredes blancas como la nieve. Admirábame yo de tanto lujo y ostentacion, y admirábame mas aun de que gastase ese lujo el marqués de los Palillos, quien, á inferir por la relacion de los palafraneros, tenia mas deudas que pelos en la cabeza.

Arrimóse una viejecita á la puerta, pidiendo una limosna por Dios, mas se la despachó al punto ; y como ella porfiase , pues era sorda, la despidieron inhumanamente aquellos valerosos mancebos, riéndose del sombrerillo de paja que cubria la cabeza de la anciana , del parche que en la nariz llevaba, y de la muleta que le servia de apoyo. ¡ Ni un ochavo habia dejado á sus sirvientes, para socorrer á un pobre, el espléndido marqués de los Palillos!

De mozo en mozo , de caballo en caballo y de perro en perro, anduve hasta la hora del teatro, hora en que me acurruqué en un coche y marché con el marqués , la doncella y la esposa del de los Palillos, especie de zambomba, con mas músculos que un puesto de carne , mas olores y unguentos que una droguería , y casi calva de no sé que enfermedad que la habia puesto á punto de mo-



rir. No habló el matrimonio una sola palabra en todo el camino, indicio harto significativo de que entre los dos consortes no reinaba la armonía que manda la Santa Madre Iglesia.

Repetíase, por segunda vez, aquella noche una comedia nueva, original, en verso, y la concurrencia no pudo ser mas escasa, aunque segun oí, en cambio en la plaza de toros no habia quedado por la tarde hueco para colocar un alfiler, de apretada que estuvo la gente. La marquesa entró en su palco, acompañada de la doncella, y allí permaneció, consumiéndose y rabiando toda la noche, mientras su marido hablaba acalorada é incesantemente con cierta niña, en el palco de enfrente. La mamá de la niña no perdió ni un solo verso, ni una palabra, ni una sílaba, en tanto que su hija y el marqués se puede asegurar que se quedaron en

ayunas, dulcemente distraídos en sabrosas pláticas.

Yo notaba todo esto desde el hombro de un músico, el cual, para soplar la trompa, alargaba dos varas de cuello, á manera de avestruz. Confieso que en los entreactos temblaba yo como una azogada, oyendo la orquesta, los bastonazos, los silvidos y la gritería de la gente, de la gente que, como he dicho, no concurrió á proporcion de la que hubo en la plaza de toros, si bien aquella noche convirtió en corral de vacas el teatro del Príncipe.

Concluida la función, salí con el músico para su casa, y mientras cenó unas albondiguillas estuve en la cabeza de un enorme gato, desde la que me colé en la cama, á lo calentito. Pero el demonio del músico, creo que era compositor: así es que, estando yo en mi primer sueño, me despertó tirándose

de la cama y encendiendo un velon de hoja de lata. Sentóse al piano, en camisa, como estaba, y con un gorro blanco y puntiagudo en la cabeza, que le daba cierta semejanza con el mismísimo demonio; y dale á una tecla, y dale á otra, pudo conseguir que le ocurriese algun pensamiento, pues tomando una pluma (de pavo por mas señas) comenzó á emborronar papel, diciendo:

—Ello trabajo le cuesta á uno alcanzar alguna fama, pero... ¡cómo ha de ser! Si concluyo mi ópera intitulada «*El Bruto de Babilonia*,» estoy seguro de que nadie se vuelve á acordar de Bellini, de Donizetti, de Mayerbeer, ni otros pelagatos.

No bien pronunció estas palabras, le acometió un acceso de tos perruna tan tenaz, que hubo de levantarse y abandonar su tarea, exclamando:

—No, porra, esto no va conmigo; vol-

vamos á la cama, que al que se muere le entierran; dejemos esto para mañana, que mas vale mi pulmon que una idea y que *El Bruto de Babilonia*.

Apagó la luz, y se envolvió en las sábanas, que no eran de Holanda, ni menos pensarlo, sino de lienzo estopeño, *con mas puas que un erizo*, á pesar de ser el trompa, hombre aficionado al lujo que cae por de fuera, que es lo que llama la atencion del mundo; si bien despertaban la del cuerpo del músico las pajas y nudos del lienzo, que le estregaban la piel magníficamente.

#### IV.

Subí con mucho trabajo á un piso tercero, y en un cuartito, especie de ratonera, pues no tenia mas de grande, me hallé con dos hombres en torno de un velador de

pino. El mas jóven de ellos, que, por las trazas, llegaba entonces á Madrid, decia al otro en estos términos:

—¿Pero es posible, padre Anton, que no me conozca vuestra Reverencia? ¿Tanto me habrán desfigurado los aires de América?... Mire usted con atencion, mire usted estas lágrimas, estas lágrimas de gratitud hácia el hombre que enderezó los pasos de mi juventud, mi maestro, mi padre, pues yo no tengo mas padre que usted...

—¡Dios mio! (esclamó el P. Anton, levantándose y tendiendo los brazos al recién venido) ¡Dios mio! Serás tú Salvador? ¿Cómo es que te vuelvo á ver, á estrechar contra mi corazon?... Siéntate, hijo mio, siéntate y cuéntame todas tus alegrías, tus penas todas, para regocijarme con las unas ó llorar contigo las otras.

—Pero ¿cómo es que le encuentro á us-

ted aquí, padre mio, tan solo, tan desgraciado, y á su edad?

—Atiende, Salvador. Ya sabes que la revolucion nos arrojó de los conventos, sumiendo bajo su carro de fuego á los malos ministros de Dios, y á veces atropellando á los que con santa veneracion cuidaban de la limpieza del tabernáculo. Yo no me quejo de la revolucion: Dios sabe en sus altos fines, si habrá convenido á nuestra patria: mas lo que puedo decirte es que, en medio de mi conformidad, de este sufrimiento que procuro aliviar con la paciencia, como otro Job, algunas veces maldigo la perversidad de mis hermanos, los hombres. Sí, Salvador, la perversidad de los hombres me tiene de la manera que me ves. Perseguido, porque me acusaban de complicidad con los partidarios del príncipe rebelde (á quien nunca serví, ni con el pensamiento), hube de refugiarme al

pueblecito de mi nacimiento, en el cual no conocia á nadie, pues las personas de mi edad habian muerto. Allí ganaba mi sustento cavando la dura tierra; pero como las fatigas del campo fuesen superiores á mis cansadas fuerzas, determiné venir á Madrid. Aquí, á Dios gracias, no me faltan unas sopas y un pedazo de pan, ya con lo que recojo de algunas almas caritativas, ya tambien con lo que reuno haciendo cordones y flores de mano, y enseñando á leer y escribir á cuatro niños de unos señores que retribuyen mis trabajos mejor que yo merezco. Sí, hijo Salvador; este es el reverendo padre abad de Santo Domingo; á esta miserable situacion se vé reducido aquel á quien tú y los demas hermanos de la comunidad besábais la mano respetuosamente.

El solitario viejo derramaba cada lagrimon, tamaño como un garbanzo de *Fuente*

*el Sauco*, y el mozo no cesaba de repetir con una voz lastimera, mezclada de indignacion:

— ¡Haciendo flores de mano y cordones!  
¡Enseñando á leer y escribir un trémulo anciano casi ciego!

Mas sosegados los dos, dijo el mozo:

— No tema usted, padre mio; ya se acabó para usted la miseria: mañana mismo tira usted esos chirimbolos y se viene conmigo á mi tierra, sin mas dimes ni diretes.

Medio trastornada yo con la escena que ante mis ojos pasado habia, tomé la determinacion de abandonar aquella casa, é irme á distraer un rato á la primera reunion que topase; y así, torné por el mismo camino, y en un periquete me planté en la suntuosa y lucida sala del marqués de Ciruelos. No pedí permiso á nadie, antes bien entré como Perico por su casa, sin estar convidado. Dije



que me planté en la sala, y no fué así, sino en un pasadizo donde amigablemente conversaban dos caballeros, los cuales se habian retirado á aquel sitio para tratar de sus negocios con mas holgura y secreto.

Al uno de ellos, largo como un pendon de cofradía, con los cabellos erizados, corbata blanca que le llegaba hasta las orejas, y levita con honores de bata ó ropon talar, todo se le volvia hacer visajes y ridículas muecas. Ya torcia la boca, cuyo labio inferior era mas grueso de lo que las regulares proporciones piden; ya arqueaba las pardas cejas; ya, en fin, meneaba la cabeza, como apoyando cuanto el *otro* le decia. Era el *otro* un hombre que no llegaba al pecho del primero; pero se echaban de ver en sus ojillos encarnizados una travesura y un brillo particulares, imposibles de describir. Trataba este de comprar nada menos que un conven-

to de Dominicos, cuya construccion habria costado tal vez tres ó cuatro millones, por la friolera de seiscientos mil reales en papel. Al dia siguiente se verificaba el remate en Madrid, y queria hacer sin duda un buen regalo al hombre largo, que era de la comision, si ponía la finca en sus manos; todo lo cual se le prometió alegremente el de los visajes, quien sudaba de gusto y decia al chiquitin:

—Amigo, nadie ha medrado mas que tú con los trastornos. Te pareces á aquellos alcornoques, que estendiendo sus ramas.....

—Suprime las comparaciones.

—Por suprimidas; pero no dejaré de recordarte aquel refran que dice *á rio revuelto, ganancia de pescadores*. Yo no sé cómo te las has compuesto, que hoy eres uno de los primeros capitalistas, cuando ayer.....

—Silencio, por Dios.

—Eras un.....

—Por Dios, silencio.

—Permíteme que me desahogue, ayer eras un monedero falso, clarito.

—¡Ya! como tú eras.....

—Que nos oyen...

—Un espia de don Carlos.....

—Que me pierdes.

—Y hoy un moderado como una loma.....

—¡Dale!

—Y mañana te circuncidarás y te convertirás.....

—No, perdona; lo que es en cuanto á eso, te juro que.....

Aproveché un momento en que no se bailaba, y me planté sobre el rodete de una linda coqueta, de unos diez y siete años, rubia, fresca y sanota. Acercóse un elegante á sacarla para un rigodon que le habia prometido; y como ella no pudiera evadirse de semejante moscardon, le contestó:

—Con muchísimo gusto, caballero.—Y le miró y se sonrió diciendo entre dientes:— Mejor quisiera un cólico cerrado.

Salté encima del elegante, que se ar-  
rimó á un corro de jóvenes decididos á rom-  
per un par de zapatos, y uno de los cuales  
preguntó á nuestro héroe:

—¿Qué tal? ¿Ha habido calabazas?

—Todo menos eso; Carlota es mia por  
ahora: así me lo ha dicho con una sonrisa,  
con una mirada y un acento tan angelicales,  
que es cosa de volverse uno loco.

—Mira no tomes el rábano por las hojas  
y te figures que lo que es meramente urba-  
nidad, es deferencia y amor.

—¡Quiá!

—Carlota observa siempre esa con-  
ducta aun con las personas que le son  
mas indiferentes, y es fácil que te llesves  
chasco.

—¡Yo chasco! ¡Serle yo indiferente! Es imposible; Carlota me idolatra.

—Adelante.

Yo misma oí luego las mas estupendas calabazas que española haya dado jamás.

En un rincon, donde pasé inmediatamente, estaba la viuda de un contador, con su hija única, la apreciable Gumersinda Canillejas. Hacía la corte á esta muchacha un rico usurero, mas feo que una contribucion de sangre, cara de consejo de guerra y cuerpo lleno de manchas como un lagarto. El buen hombre (digo el hombre malo, que no puede haber usurero bueno) se atragantaba al significar á la de Canillejas su volcánica pasion, la cual se echaba de ver en sus encandilados ojazos de gato. De lo que menos se acordaba la apreciable Gumersinda era de corresponderle, pues tan mal pagaba sus groseras finezas y despóticas súplicas. Pero

la madre de nuestra *apreciable* (como la llamaba el usurero) echaba de menos el lujo, el trato y las antiguas conveniencias desde que habia enviudado; por lo cual ponía buena cara al hombre de las manchas, con el fin de pescar su metálico, al paso que pellizcaba á la apreciable Gumersinda y la tenía molida á pisadas, sin dejar por eso de amonestarla por lo bajo acerca de lo mucho que á todos convenia tan sobresaliente colocacion. Gumersinda no quitaba ojo á un comandante de infantería que por allí pululaba; pues aunque este no podia revolverse de trampas, era jugador y calavera si los hay, y tonto si los hubo, al menos tenia un soberano bigote y un cuerpo garboso, prendas que llaman la atencion de las doncellas de ogaño.

Atisbé en un extremo de la sala al niño del marqués de Ciruelos, y me chocó verle muy entretenido y acurrucado detras de una silla,

donde estaba uno de esos mocitos que, por presentarse algo acicalados en sociedad y alternar con gente de alto coturno, son capaces de ayunar quince dias á pan y agua. Picóme la curiosidad y me acerqué al precioso niño, que tuvo la gracia de cortar con unas tigas de plata el faldon del frac del infeliz que delante de él estaba. Bailábase entonces cotillon, y nuestro mancebo comenzó á valsar, y la gente á reirse de su coja y mutilada prenda. Él miraba á todos sin saber de qué se reian, y todos le miraban á él repitiendo un coro de carcajadas de cuatro bemoles y medio. Aturdido el desventurado, manteníase mas sério que un juez, corrido como una mona, volado como un vencejo; hasta que, compadecido el marqués de Ciruelos, se llegó á él. Hubo un momento de silencio compasivo, casi lacrimoso; dijeron al pobre diablo lo que sucedia... mas y mas risas; el niño bailaba de



gusto ; Gumersinda Canillejas daba de codo al hombre lagarto ; la viuda del tesorero se limpiaba dos lagrimones que le cayeron rodando hasta la boca ; el hombre largo y el hombre chico, que habian entrado, se frotaban las manos con cierto compás. Por fin, el marqués levantó al niño en sus paternales brazos, diciendo á todo el mundo :

—Este, este bribonzuelo ha sido. ¡Si es de la misma piel del diablo!

—¡Ji! ¡ji! ¡ji! ¡ji!

—¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

—¡Jo! ¡jo! ¡jo! ¡jo!

La gente comia á besos á la alhaja del nene, y nuestro héroe de farsa decia para sí:

—¡Qué talentazo de Ciruelito! ¡Lástima que no sacase un ojo á su padre, á ver si entonces se reian! ¡Quinientos reales me cuesta la funcion! ¡Pobre de mí!



Y luego en alta voz decia:— ¡Qué diablo de chico! es una perla 'y como si esto no fuese bastante, sacó un puñado de caramelos, y se los dió.

De la sala me introduje en un bonito gabinete , donde habia seis mesas de juego , á la manera de un café ; si bien es cierto que en los cafés solo se permiten algunos juegos en sitios retirados, huyendo de las pesquisas de la autoridad , y en estas casas particulares se consienten la banca, el golfo, el tresillo tirado y otros por el estilo, que arruinan familias enteras.

## V.

No era esto lo que mas me admiraba; y sí el ver mezcladas con los caballeros algunas señoras, que apuntaban de firme, y que así perdian las onzas como si fuesen puña-

dos de moscas. Una, especialmente, mala-gueña, y no despreciable, al paso que jugaba despedía sendas bocanadas del humo que suministraba á su boca un veguero de á cuarta.

Estravióse por arte de birli-birloque una caja de oro, en que un tal don Lucas Peñíscola, secretario de cierto obispo, llevaba el rapé de Kentuke con que barnizaba interiormente su nariz de mico. No quedó rincón que no se mirase, ni mueble que no se viese, ni diligencia que no se practicasen; pero la alhaja no parecía. Un teniente de línea, que fué quien mas sentimiento é interés mostró por dicha pérdida, despues de dar mil vueltas por el gabinete, salió hasta la escalera en busca de ella. Como yo soy chiquita entro en todas partes, y como entro en todas partes estoy acostumbrada á escudriñar los mas recónditos secretos. De este

modo he adquirido una esperiencia, un tino, un conocimiento de los hombres (visto lo que son) que rara vez me equivoco Por estas razones, y maliciando del teniente, me introduje en uno de los bolsillos de su casaca, y lo primero que ví fué la preciosa caja. Acabé de convencerme de la moralidad que existe en eso que se llama *gran mundo*.

Y mas y mas me aferré en este convencimiento, con lo que me sucedió en breve en el seno de una señora, como de treinta años, que á la entrada del gabinete estaba, vestida de luto por haberse ido á viajar en posta á la eternidad su buen marido. Contaba su desgracia la señora, á una especie de estátua, que tal parecia una jóven descolorida como la pared, de ojeras profundas y ojos tristes y abatidos. Decia la enlutada á su compañera, que á no ser poco menos que á la fuerza nunca hubiera ella concurrido á la

tertulia del marqués: que ya las fuentes de sus ojos estaban secas de llorar y su corazón cansado de padecer; que para ella el mundo no tenía atractivos de ninguna especie, que aborrecía á los hombres, y que todo lo miraba con la mayor indiferencia desde el fallecimiento de su querido esposo. Acompañaba este discurso con unos ademanes tan vehementes, tan estremados, que parecía ser verdad lo que contaba, y hubiera ablandado el corazón de un zorro.

En tanto que ella proseguía en sus lamentaciones, yo me enteraba letra por letra, palabra por palabra, y renglon por renglon, del contenido del billete que en mi escondrijo hallé, y decía así:

«Mi idolatrado Enrique:

»Aun no he recibido contestacion á ninguna de las que últimamente te escribí. Cualquiera que haya sido la causa de esto,

repito en la presente que mi marido ya está *en el otro barrio*, <sup>1</sup> de lo que me alegro infinito, <sup>2</sup> pues él hubiera sido en todos tiempos un obstáculo á nuestro amor. Yo te adoro mas que nunca; todo lo que he heredado será tuyo; y espero con impaciencia el momento de estrecharte en mi amante corazon, como otras veces. Ahora es preciso tapar la boca á todo el mundo, y por esto llevo traje de luto, pero en mi interior nadie sabe lo contenta que estoy.

TUYA: RAMONA.»

Conociendo yo la perversidad que se abrigaba en uno de los círculos mas brillantes de la corte, y deduciendo de aquí lo que sucederia en otros de igual clase, formé

<sup>1</sup> Histórico.

<sup>2</sup> Idem.

el proyecto de observar lo que se llama *vulgo, plebe, gente del pueblo*. Al efecto, me despedí, *á la francesa*, del marqués de Ciriuelos y compañía, y entré de allí á un gran rato en una taberna de Lavapies.

Alrededor de una grande y mugrienta mesa de pino, y á la luz suave, por falta de aceite, de dos negros candiles, habia media docena de guapos, mezclados en amable desórden con cuatro galopinas, descaradas y habladoras por demas. Devoraban unos sendos tasajos de carne medio cruda; jugaban otros al cané, y á varios juegos no menos ilustres; quien se reia broncamente, haciendo temblar las paredes del bodegon, que eran del color de los candiles; quien tañia una vihuela de cuatro cuerdas, á cuyo son bailaban tres gachés y otras tantas doncellas... *cuando Dios queria*.

Presidia el sarao, comilona, ó lo que

aquello fuese, un hombre viejo, cuyos ojos atravesados indicaban la rectitud problemática de su conciencia. A su derecha estaba su hija, moza de diez y ocho años, linda como una rosa entre ásperos cardos, con quien retozaba un valenciano de nerviosa y atezada musculatura. El tal valenciano, maldito si se recataba del papá de la muchacha, antes por la inversa, repetía sus bruscos ataques ya abrazándola, ya comiéndola á besos, ya... todo lo que el señor presidente de aquella nobilísima y prudente asamblea, celebraba á la grande, echando vino por los ojos, vino por el semblante y vino hasta por las pestañas.

Una de aquellas benditas hembras urdia con un gaché el modo de robar á una señora que salía al día siguiente para Fuen-carral á visitar unos hermanos suyos. El robo no era difícil, pues la señora llevaba

por toda compañía un criado, que ya estaba seducido.

Contaba otro á su compañero, que á él le prometian quinientos duros si santiguaba por detras á cierto personage de los que mas figuraban en la córte; y mientras tanto un escelente camarada, viendole bastante chispo, le sacaba de la chaqueta un pañuelo de seda de la India, que sin duda habria limpiado su entonces poseedor.

Trabáronse en disputas los que jugaban, y de esto hubieran pasado á golpes, á no meterse de por medio el amo del bodegon, hombre encorvado bajo el peso de una media naranja que sobre sus espaldas llevaba, y que exclamó con voz de Noé:

—Haiga paz entre ruines, y no se diviertan los burros y paguen los arrieros, pues entadia me escuecen los dos ducaos en dinero contante y sonante que por vues-



tra causa tuve que aflojar no ha muchos dias. Con que silencio, y sino por la puerta se va á la calle.

Contestóle un cojo:

—¿Qué es lo que habla de ruines y burros, joroba del diablo? ¡El ruin es él y el burro de carga!

—Mira, (replicó el viejo) si yo tengo un peazo de carne mas, tú tienes una pata de menos; y estoy para mí que entre ruin ganao.... ¡pues!

—Poco hay que escojer.

—Ahí está el golpe.

—Y no escupas al cielo que en el rostro te cairá (saltó otro dirigiéndose al cojo;) por eso naide pue decir de esta agua no beberé, y por eso es malo poner fartas; pues el que mas y el que menos tien por qué cayar; si uno es visojo otro es tuerto, si uno es manco otro tiene unos cinco man-

damientos que es una bendición de Dios.

En esto se iba apaciguando la chusma, y yo me disponía á salir, cuando tropecé á la misma puerta de la calle, con un par de agentes de P. y S. P., los cuales andaban tratando el modo cómo beberían á costa del prógimo; y como hubiesen oído antes algunas voces, de aquí tomaron pretesto para entrar, como lo verificaron, y yo tras ellos. Pusiéronse en pié los de adentro, cuando vieron aparecer aquellos dos alanos, de los cuales uno dijo:

—Vaya, señores, que no tengamos que tomarlo por la mala, pues me sería muy sensible: diviértanse ustedes sin perjuicio de nadie, sin andar en jaranas y como amigos.

El señor presidente, en nombre de sus compañeros, brindó con la cena y el jarro á los de la policía, que, sin hacerse de rogar, tomaron asiento y comenzaron á manducar

tan de veras, que un tunillo, sobre quien estaba yo, dijo á su niña:

—¡Me gusta el aquel de los hombres! Mira qué bocazas abren; si paece que no se han desayunao en toa su vida; eso si que es lo que se yama *vivir sobre el país*; marchando de aquí repetirán la misma junction en otra parte, y *esta es la justicia que mandan hacer*.

Ello fué que los encargados del órden público salieron de allí á una hora templados, sin ser guitarras ni bandurrias; pues si bien no era el vino muy superior para tanto subirse al palomar del cuerpo, presumo que estaba compuesto de yeso, carne de gato, cal y otros ingredientes no menos provechosos.

Cuando todos estaban alegres y calentitos como unas castañas asadas, se repitió el baile. Brincaban las muchachas, que era una maravilla el ver qué variaciones hacian con

los piés, y como los vestidos se les emigraban á los países mas distantes de las piernas. Los manolos no se descuidaban; tropezábanse; á uno se le caia el sombrero, á tal moza una liga, que la ataba el mas listo. La bodegonera, mas fogosa que un hierro caliente hasta el grado blanco, embriagada con el tinto y con las brutales caricias del viejo presidente, estaba mas triscadora y alegre que una cabra; el bodegonero se hacia el *griego* á las amistosas chanzonetas que su cara mitad gastaba con algunos de los parroquianos; porque el viejo era hombre de poca aprension, como que no teniendo *mus*, lo buscaba aunque fuese trepando por una pared, saliendo á un camino, ó forzando una cerradura.

Luego me encajé en el hocico de un perro que rebañaba los platos, lamia el mojo, y no hacia caso de tres tajadas so-

brantes, sin duda por haber pertenecido á algun ser de la misma especie que él. Así el bodegonero se llenaba de pesetas.

En fin, señor mio, sobre costal mas ó menos, observé en aquel sitio los mismos vicios que en la casa del marqués de Cirue- los, con una diferencia, y es que en la sala del marqués los vicios eran hipócritas y en- mascarados, y en el bodegon reinaban la mayor familiaridad y franqueza. Luego que cada mochuelo se fué á su olivo, cansada yo y con jaqueca, me dormí sobre una paja que habia en una ventana, pero un remo- lino de viento me arrebató, y no sé de qué manera he venido á parar á la prision en que ahora me encuentro.

Viva usted en la persuasion de que na- die me desmentirá en lo que he contado; es la verdad sin rodeos, es el espejo de muchas de las malas costumbres de la sociedad en

que ustedes viven, pues á retratarlas todas no alcanzaria el talento de un hombre, cuanto mas el de una criatura casi imperceptible y miserable como yo. No he relatado todos mis peligros, todas mis angustias, todas las persecuciones que mil veces me han puesto á los bordes de la tumba; porque ni soy romántica, ni llorona, ni menos gusto de que los demas se entristezcan oyendo mis cuixtas. Quanto mas buena he sido, mas desgracias han caido sobre mí: otras pulgas pican sin conmiseracion, llenan de manchas el cuerpo de los hombres, á quienes hacen rascarse con un entusiasmo desgarrador y esas se ven repletas y lucidas; yo, por el contrario, me he portado con cierta prudencia, y por lo mismo parece que el infierno me ha tenido sobre ojo. Lo propio sucede con los hombres; el que mas chupa, mas rollizo, el mas perverso mas respetado.

El que yo haya dicho verdad, no solo no será buena recomendacion, sino que tal vez, por decirla, perezca inocente; que la verdad en estos tiempos es un crimen, la lisonja ó la mentira merecimiento. Estas razones doy, no por meterme á filósofa, pues ni siquiera he puesto una vez las patas en la universidad de Salamanca, ni en aula alguna; doilas porque así lo quiere mi corazon. Si, pues, con esta franqueza no consigo mi libertad, entonces buenas noches, que no soy yo de aquellas pulgas que por salir airosas de un empeño, hacen traicion á sus sentimientos. Conque al puente ó al vado; ó muero ó vivo: si lo uno, máteme usted, y descanse, y duerma despues de haber acometido una tan heroica empresa, como es la de dar muerte á una pulga; con tanto y aun con menos se ensoberbecen los hombres todos los dias. Si he de vivir suélteme usted, y acaso no tarde

mucho en venir á distraerle otro rato con las observaciones que recoja por esos mundos de Dios.»

Aquí remató su historia la mas ilustre é ilustrada pulga que han conocido los siglos. Yo me quedé estupefacto, como quien vé visiones. ¿Seria ingrato y cruel con quien, ademas de proporcionarme algunos momentos de recreo é instruccion, me pedia la libertad con tanta valentía y frescura?... No tuve valor para matarla... y luego un dulce sueño se apoderó de tal manera de mis sentidos, que la pulga no volvió á parecer por mas que la anduve buscando por encima y entre la ropa de la cama.

1844.

FIN.



## INDICE.

---

|                             | <u>PÁGINAS.</u> |
|-----------------------------|-----------------|
| Profesion de fé.....        | 9               |
| Dos de Mayo.....            | 21              |
| Una golosa.....             | 63              |
| El otro.....,.....,.....    | 79              |
| El Rastro de Madrid. ....   | 93              |
| La pulga errante.....,..... | 113             |











1031479

